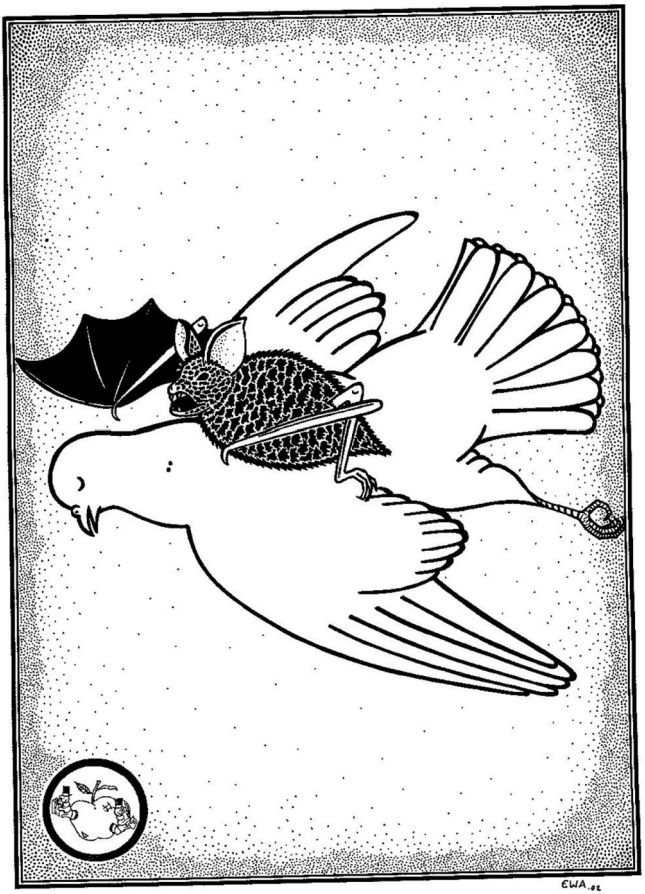
HASTA LA ÚLTIMA GOTA



HASTA LA ÚLTIMA GOTA

Redactores: JLM y JCJ. Nº13. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Mucho se ha escrito sobre la guerra. Mucho en contra pero, por qué negarlo, mucho más a favor. ¿Qué no te lo crees? Es cierto que poca gente se ha atrevido a hacer apología de la guerra como hecho en sí mismo. Casi nadie defiende la guerra en general. Todos estamos de acuerdo, al menos en teoría, en que la guerra es destructiva, cruel, dolorosa. Ningún invento del hombre es tan terrible.

Pero todos los que hacen apología de las guerras defienden –o defendemos- las suyas –nuestras- particulares. Por desgracia, habrá que pensar que la guerra y todas las formas de la violencia forman parte inseparable del carácter del ser humano. Eso no significa que el hombre deba estar a favor de las guerras. Pero sí permite que, por más que las guerras nos repugnen y nos hagan sentir vergüenza y asco por el género humano, día tras día, año tras año, generación tras generación, las guerras se suceden en nuestro mundo aparentemente civilizado. Quizá las guerras, mal que nos pese, son parte de esa civilización. Y es nuestra civilización la que nos hace justificar cada una de las guerras particulares que libramos. Los contendientes siempre justifican sus guerras y defienden sus razones. Las luchas siempre parecen justas o, cuando menos, inevitables a los que combaten en ellas. Por eso decimos, al principio de esta introducción, que se ha escrito más a favor de la guerra que en su contra.

Nosotros, quizá es obvio e innecesario mencionarlo, no seremos apologistas de la guerra. Las guerras son monstruosas. Tanto más porque son parte de la historia de la humanidad desde su origen y nos asombran tanto nuestra capacidad de brutalidad como lo fácilmente que olvidamos la razón.

Pero no basta con hablar en contra de la guerra. Nos parece necesario intentar razonar acerca de un fenómeno como este. No diremos que queramos comprender las guerras. No nos parece que sea

posible comprender, y menos justificar, tal aberración. Pero está claro que siempre hay razones para la guerra.

Ya que nos parece ridículo declarar la guerra a la guerra –esta idea debe ser muy cara a muchos pacifistas a ultranza, tan ingenuos como, en muchos casos, equivocados-, asumiendo como justas y necesarias las luchas contra las que se hace campaña, al menos sí nos parece adecuado hablar sobre la guerra, discutir sobre ella. Si la guerra escapa a la razón, tratemos de razonar acerca de la guerra. La palabra debería ir siempre por delante y en lugar de la violencia. Por desgracia, son las palabras y las razones las que, muchas veces, conducen a la violencia.

SU BOMBA

Salió de casa sin saber lo que le esperaba. Como cada día, tomó el camino de la fábrica. No podía ser soldado, pero siempre podía ayudar a los muchachos del frente fabricando cascos de acero con los que pudieran protegerse. Él, en realidad, hacía bien poco: apretar una palanca periódicamente para que una máquina perforase en la base del casco los dos agujeros donde irían los remaches que sujetaban la correa de cuero.

Los aviones habían partido en dirección a Londres hacía casi una hora. También la bomba, aunque todavía no sabía cuáles eran su destino ni su fin.

Cuando sonó la alarma antiaérea, John estaba a mitad de camino, es decir, en medio de ninguna parte. Su casa estaba muy lejos. También la fábrica. Debía buscar un refugio antiaéreo. Podía servirle cualquier boca de metro o un sótano. Había pasado muchas veces por allí y conocía la localización de cada refugio. Como otras personas, echó a correr hacia la parada de metro más próxima. Todos corrían, pero no había miedo en el ambiente. La costumbre hacía normal la situación y a nadie se le ocurría pensar que fuera una temeridad caminar hacia el trabajo en mitad de la guerra y bajo la amenaza de los continuos bombardeos. John consideraba una suerte poder ir caminando a trabajar. La mayoría de las fábricas –en particular las llamadas estratégicas- estaban en las afueras y había que tomar el irregular transporte público para llegar a ellas.

John ni siquiera odiaba a los alemanes. Al menos no individualmente, como personas. Imaginaba a gente cumpliendo con su obligación poco más o menos como él, obediente de una voluntad superior a la que sí era fácil identificar con el enemigo.

La bomba no sabía de enemigos ni de guerras. Era un simple objeto: metal y varios kilos de trinitrotolueno, tan inertes en apariencia que sorprendía la violencia con que cumplía su objetivo. Iba en la panza de un enorme bombardero que, de forma rutinaria, como si aquella fuera una ruta comercial, cruzaba el Canal y soltaba sus mercancías en el lugar convenido. Variaban las tripulaciones y las bombas y, de vez en cuando, un aparato nuevo sustituía a otro perdido. No había odio real en aquellos bombardeos casi mecánicos, cumplimiento de las órdenes transmitidas a lo largo de una compleja cadena de mando.

Ni John ni la bomba sabían, por tanto, de su cita inminente. No se conocían. Pero si existe algo parecido a la predestinación era lo que dirigía los movimientos de John y la bomba, su bomba. Porque estaban hechos el uno para la otra. Sus movimientos los llevaban derechos a compartir un destino común.

Así, mientras John corría hacia la entrada del metro, casi se sentía tranquilo, cumpliendo con la rutina. Se oían cerca explosiones de bombas. Pero eso no constituía ninguna novedad. Así eran los bombardeos, en los que cada cual cumplía su parte: la gente buscaba refugio y las bombas destruían algún que otro edificio y mataban a algún infortunado. Siempre a otro.

Pero ese día John tenía una cita con el destino. Mientras él corría, no demasiado rápido, manteniendo el resuello y evitando dañarse la pierna coja que lo había dejado en casa, lejos del frente, su bomba abandonaba el vientre del avión y, con un silbido agudo, casi alegre, se lanzaba en caída libre dispuesta a cumplir con su cometido. Poco a poco, la bomba se aceleraba y su metálica superficie, oscura en la penumbra previa al amanecer, se tornaba caliente. Invisibles torbellinos de aire formaban rizos a su paso.

Si John hubiera mirado hacia arriba, no habría visto su bomba hasta no tenerla justo encima. Sus trayectorias eran perfectamente coincidentes, como si uno y otra hubieran sido lanzados con mano

maestra hacia una colisión, como dos trenes que marchan por la misma vía en sentidos opuestos o la bola blanca del billar que va directa a chocar con la roja. Si John hubiera sido lo bastante hábil podría haber atrapado entre sus brazos su bomba, igual que si fuera el balón del rugby o la pelota de un portero de fútbol, como una Araña Negra de los obuses. Pero John no tenía esa habilidad ni la necesaria capacidad de premonición como para saber que le habría convenido variar su trayectoria.

Cuando oyó el zumbido ya era demasiado tarde. Ni aun entonces intuyó lo que se le avecinaba. No vio a su bomba, cuya perfecta parábola la había llevado justo sobre su cabeza. Y, aunque es difícil determinar el orden de los sucesos que se producen a gran velocidad, podría asegurarse que la bomba golpeó contra su cráneo antes de explotar.

Aquella bomba, aunque no lo sabía, llevaba su nombre y apellido. Estaba destinada, inevitablemente, para él. Ambos se encontraban en el lugar y momento oportunos para su encuentro. Hombre y objeto tenían ese día una cita con la muerte.

¡Boom!

El resplandor de una nueva explosión iluminó la penumbra del amanecer londinense. Su bomba había sido puntual a la cita. John ya no tendría que volver a madrugar para ir a la fábrica ni se vería obligado a correr en busca de refugio. Se había convertido en el centro de uno de los nuevos solares de la ciudad. Por desgracia, incluso en la más monótona de las rutinas puede haber desagradables variaciones y los sucesos, terribles o no, no siempre son cosa de otros.

Juan Luis Monedero Rodrigo

No puedes matarme. Ya estoy muerto, desde el momento en que he nacido a este mundo donde manda la entropía y mi cuerpo está condenado a perecer. En tu mano sólo está adelantar el hecho en sí. Y no es el hecho lo que me preocupa. Sino el por qué. ¿Qué objeto tiene matarse por asuntos intrascendentes, como lo son todos los de esta vida?

El temible burlón

EL RETORNO A LAS RAÍCES

No voy a hablar de guerra en este artículo, sino de todo lo contrario. En estos tristes días en que proliferan las voces separatistas y disgregadoras, yo me propongo hacer patria y construir los fundamentos de una nueva nación futura, más Grande, Libre y Una, sobre todo Una, que en estos tiempos guerreros.

He de confesar que las ideas que voy a expresar no son del todo originales. Aunque la elaboración de las mismas es por completo personal, debo indicar que se basan en los pensamientos de mi insigne mentor el señor Grogrenko del que, mal que nos pese a ambos, hoy en día me he distanciado en cierta medida. Que yo sepa, Grogrenko sólo trata este asunto en un breve artículo de ochenta y seis páginas –breve, sin duda, para su prolífica pluma- titulado "Sobre la centralidad del nacionalismo más periférico". Yo, haciendo míos sus argumentos, en lo que también coincido con mi señora madre, he construido una teoría política de raigambre histórica e ibérica que trata de retrotraer a nuestro país hasta un lejano tiempo en el que todos compartíamos identidad nacional y costumbres.

Dice Grogrenko, y dice bien, que el nacionalismo vasco, tan pendenciero y cerril, parte de un presupuesto totalmente equivocado: que lo vasco y lo hispano son conceptos totalmente diferentes e inmiscibles. Estos rudos montaraces se dieron cuenta de que el resto del Estado había perdido sus viejas tradiciones y se sintieron justamente ofendidos contra sus hermanos. Tomaron entonces la errónea medida de considerarlos extraños y enemigos, no habiendo en nuestro tiempo peor insulto para alguno de estos abertzales convencidos que el de llamarlos españoles, razón por la cual reniegan de un españolismo que, no obstante, rezuma por todos sus poros.

Y digo rezuma y digo bien, porque el vasquismo nace de un españolismo a ultranza que, por más que quieran evitarlo, se les escapa continuamente en todos sus actos.

¿Por qué digo todo esto? Porque el nacionalismo vasco nace del más ferviente tradicionalismo. De ahí sus raíces católicas y fuerales, de ahí su parentesco –según algunos- con el viejo carlismo que mi madre aún profesa. De ahí sus viejas costumbres, su lengua primigenia que han sabido conservar y completar, su iglesia

nacionalista. Porque en lo más básico de este nacionalismo que quiere autoexcluirse de España, late el corazón hispano, el amor a la patria perdida que ellos piensan que es una Vasconia idílica y olvidada cuando se trata de una vieja España –anterior a la Hispania de los romanos-, nacida aun antes de la excelsa Altamira, que se perdió por contaminación foránea desde tiempos de los romanos, godos y moros, a la que no pudo salvar ni la conversión cristiana, y que ha completado su horrendo mestizaje generación tras generación hasta nuestros tiempos descreídos e impíos.

Por eso coincido con mi maestro Grogrenko cuando pide que la tierra vasca no se limite a las tres provincias vascongadas ni aun a la Gran Euskal Herría heptaprovincial y transpirenaica. No, esa no es la Gran Euskadi. ¡Convirtamos toda nuestra querida España en un nuevo país, en una patria! Que la Euskal Herría soñada abarque toda la Iberia y en ella renazca el espíritu hispano de nuestros antecesores, esa sana mezcla de tradición católica y raza ibérica. Recuperemos la lengua de nuestros ancestros y hablemos todos el vascuence, regresemos a nuestro prado inocente y a nuestras oraciones nacidas del corazón. Olvidemos todo lo malo de nuestra historia y, desde nuestro origen común, fabriquemos una nueva patria católica y aldeana en la que no quepan el pecado ni las perniciosas influencias foráneas. No nos enfrentemos a nuestros hermanos. Olvidad, ¡oh, admirados vascos!, vuestras cuitas y sabed que sois la esencia de este pueblo antiguo y quienes debéis ayudarnos a retornar a ese tiempo pretérito en que fuimos auténticamente españoles. Llevemos a cabo la completa euskaldunización de España y acabemos con las luchas inútiles a que nos ha conducido la división nacida del cambio tras un pasado que fue perfecto.

Narciso de Lego

LA GLORIA SOÑADA

Sombras en una batalla.
Peregrinar del ausente.
Olor de sangre y muerte por los campos.
Almas que escapan de los cuerpos inertes

y, tal vez, olfatean la vida perdida,
los músculos palpitantes,
henchidos de energía,
que golpeaban a un sólo impulso de voluntad.
Compulsión asesina.
Repulsa de lo bello.
Paz soñada sólo tras la victoria,
hallada, sin embargo, en la muerte.
¿Qué hiciste de lo que tenías?
Te jugaste la vida a cambio de una gloria inexistente
que el vencedor sólo conservó durante unas jornadas,
ni siquiera hasta el fin de sus días.
¿No habría sido mejor huir de todo,
huir de tus ansias de sangre y violencia?
Peregrinar hacia lugares de verdadera paz,
de vida tranquila y plena,
y no como un fantasma
por lugares llenos de dolor,
de nostalgia de alegría,
vacíos de todo contenido hermoso.
Vagando como sombra tras la batalla,
sin labios ni pulmones que griten a los vivos
lo inútil que fue la masacre en la que te viste incluido
y finalizado.

Juan Luis Monedero

La paz es una utopía más y la guerra una realidad cotidiana en la Historia de la Humanidad. Desde su aparición, el hombre y sus ancestros homínidos no se han distinguido por su carácter pacífico ni por su talante conciliador. Si así hubiera sido se habría extinguido y desaparecido de la faz del planeta por depredadores mejor dotados que él.

Físicamente, la Naturaleza no fue generosa con los homínidos. No les otorgó aceradas garras, ni fauces poderosas, ni astadas defensas, ni colosales fuerzas, ni, tan siquiera, una dura piel

recubierta de córneas escamas. Pero fue agraciado de una cualidad superior, el pensamiento reflexivo, unido de forma recíproca a su capacidad de comunicación, el lenguaje. El hombre tuvo que defenderse de las agresiones de otros carnívoros más poderosos. Utilizó sus desnudas manos en armonía con su inteligencia para idear, construir, y fabricar armas cada vez más mortíferas, más destructivas, más letales, más devastadoras, más inhumanas y, a la vez, se convirtió en el mayor depredador.

El ser humano, a semejanza de otras especies animales, ha reivindicado, ante sus mismos congéneres, su suelo, su terruño local, su espacio vital y sus propiedades y, cuando otros han querido arrebatárselo o compartirlo, lo ha defendido y la guerra ha sido inevitable.

Posiblemente, la primera guerra entre camitas agricultores y semitas ganaderos nos la refiera la Biblia. Caín mataría a Abel cuando sus ovejas invadieran los sembrados y aquel viera amenazado el pan de sus hijos. En otras ocasiones, algunos sacrificaron su bienestar, su honestidad y su vida por sus conciudadanos y fueron por ello encomiados y considerados héroes. Así, Sansón derruiría un templo repleto de filisteos, pereciendo con ellos, y Judith se prostituiría para cortar la cabeza a Holofernes y salvar a su pueblo de la crueldad asiria. Similares ejemplos se han sucedido a lo largo de la Historia hasta nuestros días y prolijo sería recordarlos. Otras referencias bíblicas tales como convertir las espadas en arados son de difícil, por no decir de imposible consecución, o acaso pueden convivir en paz el lobo y el cordero. En contraposición, Roma, conquistadora, esclavista y civilizadora de todos los pueblos ribereños del Mediterráneo, acuñó aquella famosa frase para muchos desafortunada: "Si quieres la paz, prepárate para la guerra".

Jonathan Swift, escritor irlandés, satírico, mordaz e irónico con la sociedad de su época (siglo XVIII), en su obra "Los viajes de Gulliver" analiza las principales causas que han motivado frecuentes guerras entre los países. Apunta entre ellas la ambición de los príncipes y gobernantes, la corrupción de quienes gobiernan para desviar la atención de los gobernados sobre los verdaderos problemas que atraviesa un país, la diferencia de opinión sobre ideas religiosas,

filosóficas o políticas e incluso más banales, como la forma de vestir. Pero en todas las guerras hay un componente esencialmente económico (riquezas minerales, energéticas, comerciales, etc.) enmascaradas por otras secundarias e incluso intrascendentes. Como ejemplo recuerdo el "casus belli" por el que Reino Unido declaró una guerra a España en 1736. Me refiero al caso de la oreja de Jenkins, un contrabandista británico al que los españoles cortaron las orejas por ejercer aquella actividad ilegal. Sólo fue una excusa para combatir a la monarquía hispana y su imperio colonial.

Y para qué hablar de las llamadas "guerras santas". Esas guerras de religión y cruzadas contra heterodoxos, herejes e infieles y aquel grito de "Dios lo quiere" o "matadlos a todos, que Dios ya reconocerá a los suyos" que gritara cierto inquisidor en la toma de una ciudad francesa. ¿Cómo se puede hacer partícipe a cualquier Dios de aquellas matanzas y no a la intolerancia, ambiciones y egoísmos de los hombres, o mejor, de sus dirigentes políticos y religiosos? ¡Cuántas veces hemos oído que "una buena causa santifica la guerra"! ¿Desde cuándo el fin justifica los medios? ¿Desde Maquiavelo, que así lo manifestó en "El Príncipe", o, desde siempre y por siempre? El filósofo F. Nietzsche dio un giro diametralmente opuesto a dicha frase al permutar el orden de sus sustantivos: "una buena guerra santifica la causa" o lo que es lo mismo, si se gana una guerra, "vae victis", tendrás la razón de tu lado, la razón de la fuerza.

De cualquier modo es arriesgado y arbitrario hablar o escribir sobre la guerra, o mejor, de sus horrores y desastres sin haberla vivido y padecido en nuestras propias carnes. Sí podemos afirmar que la Historia está plagada de ellas y que cuando no hay un conflicto bélico en algún lugar de nuestro planeta, los hay en otros.

Pero el hombre no se ha conformado con hacer la guerra a sus semejantes, ha declarado la guerra a la Naturaleza. Ha contaminado el medio ambiente y deteriorado sus ecosistemas, extinguiendo especies animales y vegetales, quemando o talando indiscriminadamente los bosques, desviando los cursos fluviales o convirtiendo los océanos en vertederos, mientras la Naturaleza soporta, resignada como buena madre, los desmanes de sus hijos. Y aún va más allá, pienso que, inmerso en la sociedad de consumo,

acuciado por las prisas y la competitividad, se ha declarado la guerra a sí mismo, porque no sabe vivir.

Martin's

SACRIFICIO

Las personas más diversas pueden llegar a congeniar e intimar. No existe una receta para hacer amigos ni reglas que nos digan qué caracteres van a llevarse bien y cuáles se van a repugnar. Así, no es raro encontrar grandes amigos que no se parecen en nada.

Tal era el caso de Gabriel y Alberto. Ambos jóvenes, ambos soldados. Ambos con caracteres e inquietudes tan divergentes que parecía milagro que se hubieran convertido en tan grandes amigos.

Ambos eran compañeros de armas desde el momento de su alistamiento. Coincidieron en la fila del reconocimiento médico y, desde entonces, se hicieron inseparables. En la lucha, permanecían codo con codo, dándose ánimo y protección. En la diversión, se soportaban las peores borracheras. Confiaban tanto entre sí que para ellos no existían secretos. El miedo, si ambos estaban juntos, parecía hacerse más pequeño y hasta llegaba a desaparecer aun en los peores momentos.

Quizá se llevaban tan bien precisamente porque eran muy distintos. Gabriel serio, pausado, sereno. Alberto impaciente y osado. Gabriel tímido y apocado. Alberto extrovertido y bromista. Gabriel tan honrado y sencillo que jamás sería capaz de engaño o doblez. Alberto interesado e hipócrita, capaz de engañar a cualquiera con tal de salirse con la suya, pendenciero, mentiroso, oportunista, ladrón. Con todos menos con Gabriel, su amigo del alma, su opuesto al que respetaba, admiraba y, ante todo, quería de corazón. Igual que Gabriel que, intuyendo las faltas del amigo, intentaba justificarlas y corregirlas, convencido de que, en el fondo, todo eran travesuras y Alberto poseía un corazón de oro. Eran amigos, independientemente de cualquier otra consideración.

Estaban tan unidos que entre ellos no parecía haber sitio para la disputa y, sin embargo, llegó la ocasión en que se enemistaron. Hay varias razones para que dos amigos se distancien pero, cuando su

cariño es tan sincero como el de estos dos, la causa de la separación suele ser siempre la misma: una mujer.

Alberto era un rompecorazones. Su buen porte, su pico de oro y su simpatía atraían a muchas mujeres como la miel a las moscas. Quizá también ese toque travieso que no trataba de ocultar. Gabriel era más alto que Alberto y, quizá, a su modo, tan atractivo como su amigo. Pero era tan silencioso, tan apocado, que rara vez lograba intimar con las mujeres que uno puede conocer en una juerga castrense. Gabriel bebía mucho, pensando que así liberaría su espíritu encorsetado, pero sólo lograba cambiar su sobriedad por torpeza, lo cual solía hacerle menos atractivo.

Una noche, después de una jornada de agotadora patrulla, Gabriel y Alberto salieron de copas por el pueblo junto con sus compañeros. Entraron al bar de siempre. Había más gente que de costumbre. Les dijeron que eran las fiestas del lugar. Por eso había tanta gente dentro y tantos fuera, intentando olvidar por el momento la guerra y el frente tan próximo, para desinhibirse y disfrutar. Ambos tomaron su primera cerveza y salieron a la plaza a contemplar la escena de baile con orquesta que los vecinos habían organizado. Los que tocaban, entre los que había varios de la orquesta del regimiento, no lo hacían del todo mal, aunque se notaba que no había profesionales. Tocaban piezas sencillas y antiguas, todas conocidas. La gente, que en un principio parecía cohibida por la presencia de los soldados, empezó a bailar sobre la arena de la plaza y pronto a nadie le importó la presencia de los militares, el repertorio de los músicos ni la polvareda que se alzaba del suelo reseco con los saltos de los danzantes.

Y entonces se hizo la luz. Como si en mitad de la negra noche hubiera cruzado el cielo el más brillante de los luceros, un cometa de negra y ondulada cabellera atravesó la plaza con la soltura que da la sencillez. Varias miradas la siguieron. Casi todas de militares, jóvenes e impulsivos, para los que aquella belleza era una desconocida. Los del pueblo, sin embargo, dejaron pasar por su lado la perfección sin prestarle mayor atención, con el desinterés que da la costumbre.

Entre los que quedaron hipnotizados y presos por el magnetismo de aquel nuevo astro se contaron Alberto y Gabriel.

Alberto, tan parlanchín como era, dejó de hablar. En todo caso, Gabriel tampoco escuchaba. Dos pares de ojos quedaron fascinados por aquella presencia y, sin quererlo, se vieron forzados a seguirla para no tener que renunciar a aquella visión.

Alberto, tan osado como era, pareció cohibido durante unos instantes, cuando la joven cruzó sus ojos con su indiscreta mirada. Gabriel, tan comedido, la seguía con los ojos fijos en todos los detalles de su anatomía, indiferente a cualquier corrección.

Los dos amigos se miraron y, después de un breve instante silencioso de reverente reconocimiento, sonrieron y terminaron por echarse a reír, nerviosos como colegiales.

-¡Vayamos a hablar con ella! –propuso finalmente Alberto, recobrando su habitual presencia de ánimo.

Gabriel, más atemorizado de lo que quería admitir, asintió con un seco gesto de su cabeza.

La bella se había colocado con un grupo de jovencitas de su edad. Estas adolescentes no eran feas, pero la presencia de aquel rostro resplandeciente las condenaba a pasar inadvertidas. Alberto, por un instante, sintió celos de aquellas muchachas que charlaban con su objeto de adoración e intercambiaban risas con ella. Gabriel sentía celos abstractos. En primer lugar, de un posible novio –un marido parecía impensable para alguien tan joven-, quizá otro soldado. En segundo término, de su compañero, el querido Alberto con quien compartía todo y de quien ahora temía que acaparase toda la atención de la muchacha.

Cuando los soldados se presentaron, las chicas rieron. Les hacían gracia los uniformes, les amedrentaban sus armas y sus gracias. Los dos soldados dijeron sus nombres y se cuadraron ante las jovencitas. Fueron los primeros en llegar. Instantes después, varios soldados más, todos con uniforme de gala, se aproximaban a aquel bonito grupo. Las chicas se presentaron. Gabriel y Alberto sólo escucharon y entendieron un nombre: Paula. Alberto, como de costumbre, fue el más avispado. Pidió un baile a Paula y esta aceptó. Gabriel trató de sonreír, pero intuía que su compañero se había apuntado el primer y más importante éxito. Otros soldados, que también buscaban la compañía de Paula, cambiaron su objeto de

atención y sacaron a bailar a las otras mocitas. Gabriel se quedó solo, indiferente a las insinuaciones de algunas de las chicas, observando las evoluciones de un Alberto sonriente y una Paula que se dejaba llevar.

La noche fue larga y hubo bailes para Gabriel y para algunos otros soldados. Pero estaba claro que el gracejo de Alberto había cautivado a la muchacha. Al menos a los ojos de Gabriel, siempre dispuesto a aceptar esas derrotas aun antes de consumadas. Cuando estuvieron cansados, todos dejaron el baile y se sentaron en las terrazas de los bares, cuyas mesas, dispuestas a tal efecto fuera de los locales, invitaban en aquella jornada festiva a la conversación y las libaciones.

Fue entonces cuando Gabriel sintió cómo se rompía su corazón. La bella Paula era tan encantadora como bonita y sus ojos moros que, como por azar, se cruzaban de vez en cuando con los suyos, le hacían sentir ínfimo y miserable. Alberto, por su parte, seguía acaparando la conversación, haciendo reír a todos con sus comentarios y sonsacando la información que deseaba de una ingenua Paula que a todo contestaba de buena fe.

A pesar de que era tarde y tendrían que madrugar, ninguno de los soldados quiso ser el primero en marcharse de aquella reunión, que se prolongó mientras duró la música y hasta que Paula y sus amigas anunciaron que debían volver a sus casas.

Gabriel y Alberto también retornaron al cuartel. El segundo, tan alegre como de costumbre; el primero, más sombrío de lo habitual. Ya en el barracón, tumbados cada uno en su litera, a Gabriel no le sorprendió que Alberto, desde la de abajo, le anunciara que había conseguido una cita con Paula al día siguiente. Gabriel no quiso preguntar qué clase de cita ni si se verían solos o en compañía. Únicamente le preocupaba el hecho en sí mismo. Y, aunque se decía que debía alegrarse por el éxito de su amigo, le molestaba la idea de que Paula y Alberto estuvieran juntos.

No iba desencaminado Gabriel en sus sospechas, porque la linda moza había quedado prendada de su reciente galán. Como Alberto se mostró con ella tan atento como solía ser con todas las

chicas y mucho más sincero que de costumbre, a aquella primera cita la siguieron unas cuantas más.

Gabriel era consciente del amplio terreno ganado por su amigo, pero ya se sabe que el amor da fuerzas al más pusilánime y no iba a ser este caballerete quien se arredrase ante las dificultades. Sin darse cuenta, había empezado a distanciarse de Alberto, el amigo del alma ahora convertido en rival inoportuno. Sí era consciente de que su corazón se desbocaba, tan alterado como en la más cruel de las batallas, ante la sola presencia de Paula. Por eso, ignorando su intuición y cualquier punto de razón, un día Gabriel le confesó a Paula sus sentimientos. Ella, como no podía ser de otro modo, trató de ser dulce al rechazarlo, mientras le hacía partícipe de su secreto: estaba enamorada de Alberto. Gabriel se sintió ridículo y miserable. La declaración de Paula no le sorprendió, por más que se había obligado a negar la evidencia.

-Quiero que seamos buenos amigos –le dijo la bella a continuación, para terminar de destruir sus esperanzas.

Gabriel no se sintió capaz de negar su amistad a aquella que lo había vuelto loco. Sí le fue más fácil separarse de su amigo, triunfador sobre Paula. Así que, a partir de ese instante de constatación de lo temido, Gabriel no volvió a hablar con Alberto, y procuró no ver a Paula. No quiso pensar demasiado en su actitud, porque le causaba dolor el razonar sobre sus sentimientos, pero no tenía muy claro si se separaba de Alberto por celos o porque era el único modo de poner también tierra de por medio con Paula.

También Alberto se sintió apenado por la situación. Él sentía un sincero afecto por Gabriel pero también, aunque le costase confesárselo, por Paula. Quizá había pensado que más pronto que tarde terminaría aquel romance, como tantos otros anteriores, pero, de algún modo, la joven se había colado en lo más profundo de su corazón y era muy difícil sacarla de allí. Tampoco quería perder a Gabriel, pero comprendía que su amigo necesitaba tiempo para reponerse y recuperar la confianza anterior.

Quizá porque ambos sabían que el futuro volvería a hacerlos amigos, aunque Gabriel se negase tozudamente esa posibilidad, a ninguno de ambos se le ocurrió solicitar un traslado de unidad o,

cuando menos, un cambio de litera con otro compañero. Se ignoraban mutuamente, pero siempre se tenían muy presentes en la imaginación.

Tan sorprendente como una ruptura inmediata de aquella silenciosa hostilidad fue la visita que recibió Gabriel mientras tomaba una copa en el bar del pueblo. Ante él se presentó Paula, más triste que nunca, pero también más bella de lo que Gabriel podía recordarla. Él, que tantos esfuerzos había hecho para borrarla de su memoria, sintió como su alma se desgarraba al verla. Y ella venía en su busca.

Era la víspera de la partida de la unidad. Todos marchaban al frente. Se rumoreaba que se aproximaba la gran batalla, la tremenda lucha que decidiría la suerte de la guerra y en la que habían de participar, como tantos otros, Gabriel y Alberto.

Y Paula, la bella cruel que había preferido al amigo, lo buscaba para suplicarle. Necesitaba que los dos hombres volvieran a ser amigos. Necesitaba que Gabriel fuera su amigo del alma, tanto como de su amado. Y le pedía a Gabriel con lágrimas en los ojos que, ya que partían hacia una muerte probable, cuidase de Alberto, sin el cual no podría vivir.

Gabriel, con un nudo en la garganta, aceptó la dolorosa responsabilidad que aquella joven llorosa ponía sobre sus hombros. Como tantos hombres a lo largo de la historia, Gabriel era incapaz de negarle un favor a una mujer que lloraba y que, para mayor mortificación, era su objeto de deseo y la enamorada del mejor amigo.

-No te preocupes por él. Siempre sabe cuidarse en la batalla y, si la suerte le falla, yo estaré a su lado para protegerlo.

Paula, como si hubiera olvidado los sentimientos del amigo de Alberto, su amigo tanto como de él, abrazó a Gabriel y cubrió su rostro de besos y lágrimas.

-Prométeme que volveréis a ser amigos como siempre y que yo no seré la causa de vuestra separación.

Cómo negarse después de haber claudicado por primera vez. Ahora que el nudo en la garganta era aún más grueso y que las lágrimas de felicidad de Paula bañaban su rostro y su pecho, Gabriel volvió a aceptar, satisfecho de poder hacer algo por la joven,

contento, a fin de cuentas, de encontrar la excusa para recuperar la amistad de Alberto.

A la mañana siguiente, cuando los llamaron a formar, Gabriel saludó a Alberto y él le devolvió, cariñosamente, los buenos días. Ambos se sonrieron y no hubo necesidad de decir una sola palabra más. Las cosas habían vuelto a ser como siempre. Alberto sintió como su corazón se liberaba de una desagradable sensación de opresión. No le hubiera gustado marchar hacia la muerte sabiendo que su amigo no estaba a su lado, física y emocionalmente. Cuando la columna de soldados partió del campamento y cruzó el pueblo entre los vítores de la gente, Alberto y Gabriel se llevaron consigo el hermoso recuerdo de una sonrisa de Paula. Le preocupaba la suerte de sus hombres, pero, al menos, la tranquilizaba saber que estaban juntos y que el bueno de Gabriel protegería a su impetuoso Alberto.

Lo que no imaginaba Gabriel es que iba a cumplir su promesa mucho antes de lo que hubiera deseado. En la batalla, ya agotados tras horas de combate, se llegó finalmente a la lucha cuerpo a cuerpo. Los dos amigos, espalda contra espalda, defendían su posición de la acometida de un enemigo que parecía infinito. Inconscientes del progreso del resto de la tropa, a ambos les bastaba con mantenerse vivos. Avanzar o vencer eran cuestiones secundarias.

En un momento determinado, Gabriel se vio libre del enemigo que lo había atacado, que es una manera bonita de indicar que terminó con la vida ajena. Entonces, al volver su hasta ahora ocupada atención hacia su amigo, vio que Alberto se encontraba en problemas. Cualquier instante de la batalla es un problema, pero ese instante preciso era más peligroso que cualquier otro, por cuanto que Alberto no era consciente del verdadero riesgo de su situación. Y es que, mientras el aguerrido soldado se enfrentaba cara a cara con un enemigo, un par de asaltantes se le aproximaban por un costado y no los había visto.

Gabriel gritó, pero en el fragor de la lucha su voz no fue escuchada, imposible distinguirla de otras. Antes de que uno de los enemigos ensartara a Alberto, que ya se había desecho de su primer atacante, Gabriel se cruzó entre ambos y, lanzando al enemigo al suelo, acabó con su vida de un solo tajo. Por desgracia, antes de que pudiera reaccionar, sintió que algo desgarraba su vientre de abajo

arriba. El otro soldado enemigo le había atravesado con su bayoneta y, tras ensartarlo, había seccionado toda su barriga. Gabriel, tras recibir la cuchillada que iba dirigida a Alberto, quedó tendido como estaba, boca arriba, apenas consciente de lo que había sucedido. Alberto, entretanto, degollaba al último agresor. Inmediatamente, se arrodilló junto a su amigo agonizante. Gabriel, que apenas sentía dolor pero sí como una bruma oscura y espesa se apoderaba de él, embotando sus sentidos, escuchó la voz desgarrada de Alberto:

-¡Socorro! ¡Médico, ayuda!

Gabriel tuvo miedo por Alberto. ¿Lo habrían herido puesto que pedía ayuda de aquel modo? Casi sin pretenderlo, se miró su propio vientre y supo que iba a morir y lo que la niebla significaba. Aún pudo alzar la vista y contemplar el rostro desencajado de su amigo, cuyas manos trataban inútilmente de devolver todas las vísceras a su sitio mientras un torrente rojizo y hediondo brotaba de la enorme herida. Gabriel sonrió. Alberto estaba a salvo.

-Haz feliz a Paula –fueron las últimas palabras del moribundo.

Gabriel ya no supo nada del resultado de la guerra. Ni de Alberto o Paula. Se vio inmerso en un extenso túnel oscuro en cuyo fondo se vislumbraba un brillo rojizo. Risas siniestras lo acompañaron hasta aquella luz.

De repente, Gabriel se encontró en una especie de gruta mal iluminada, ante un ser extraño, pequeño y oscuro, sentado ante un escritorio o atril. Parecía un escribano o un funcionario. Gabriel sintió deseos de reír pero, de golpe, fue consciente de una única realidad: "has muerto o estás en el final de tu agonía", se dijo con sorprendente serenidad. La voz del pequeño funcionario le devolvió a su nueva realidad:

-Alberto Caravaca, impío, asesino, ladrón, jugador, lujurioso, hipócrita… ¡Vamos, un tipo adornado de virtudes! –exclamó el enano con sorna- Muerto en una batalla. Destino: Infierno. ¿Algo que objetar?

Una duda: ¿ha dicho Alberto? Sí, seguro que sí. Yo no soy Alberto, piensa pero no lo dice. Alberto está vivo. Yo lo he salvado y bien está. Yo debía protegerlo. Ahora estará con Paula. Y bien está.

Y Gabriel no dice una sola palabra. El infierno lo espera. De la nada surgen dos sombras negras, opacas, informes, que lo arrastran –arrastran lo que de él queda, sea aquello lo que sea- hasta un lugar tan oscuro como ellos, triste, solitario, muerto. Y allí queda Gabriel abandonado, viendo sombras de un pasado que no es el suyo y contemplando en la distancia otras presencias ajenas, tan distantes como él mismo, envueltas en la más completa de las tristezas. Y bien está, se repite, satisfecho de haber terminado en un lugar tan sombrío como su corazón.

Entretanto la vida sigue en la Tierra. Alberto ha sobrevivido a la batalla. Igual que, al pasar el tiempo, sobrevive a la guerra. Una y otra concluyen con la victoria. Aunque se hace extraño hablar de una derrota del enemigo cuando Gabriel, el amigo del alma, se ha perdido para siempre.

Alberto, el malvado, el astuto, el indolente, el impío, sintió que algo cambiaba en su corazón en presencia de la Muerte. No una muerte sin nombre, sino llamada Gabriel. La pérdida es tan grande que la compañía de Paula apenas alcanza para compensarla. Alberto se propone cambiar y lo logra. Admite su amor por Paula y decide cumplir con el último deseo de Gabriel: hacerla feliz. Y esa búsqueda de una felicidad ajena le hace cambiar para todo y para todos. Alberto es un tipo nuevo. Alguien bueno, fiable, honrado, sincero, fiel. Quizá de un modo inconsciente está tratando de revivir a Gabriel, su recuerdo, convirtiéndose en un remedo de él, adquiriendo todo aquello de su carácter que tanto admiraba por contraposición al suyo anterior tan despreocupado.

Alberto y Paula se casan. Alberto y Paula tienen niños y trabajan duramente para sacar adelante a su familia. La guerra es un recuerdo remoto, algo para olvidar. Toda ella salvo la presencia de Gabriel. Ojalá pudiera olvidarse también su muerte. Pero eso no. Ni Alberto ni Paula. Ambos saben que el amigo le salvó la vida. Paula intuye que fue ella, en cierto modo, la culpable de aquel desinteresado sacrificio. Por eso algunas noches ambos lloran en silencio al recordar. Por eso, como homenaje, llaman Gabriela a su primera hija.

Pasan los años y, tras una vida de sufrimiento, amor, trabajo y hermosas porciones de felicidad que todo lo salvan, Alberto yace anciano y moribundo en su lecho. Lo acompaña su mujer. Lo acompañan sus hijos y nietos. También muchos amigos y hasta simples conocidos. Es un hombre bueno y querido. Su fama de santo se ha extendido por la comarca y muchos vienen a verlo y confortarlo. Cuando Alberto expira, muchos se entristecen. Otros desearían tener una vida como la suya.

Alberto ya no se siente cansado ni viejo. No se siente. Ya no está en el lecho ni nadie lo rodea. Se encuentra en un pasadizo oscuro y extenso. Al fondo se intuye una luz blanco-azulada y brillante. Sin proponérselo realmente, Alberto, lo que de él queda, se desplaza hacia aquella luz.

-Esto debe de ser la muerte –se dice, sorprendido de no estar asustado.

De pronto se encuentra en una amplia sala. En realidad no hay paredes ni techo. Sólo una enceguecedora ¿luz? blanquecina. Ante sí ve a un tipo extraño, luminoso como la sala, delgado y esbelto, sentado ante lo que semeja un escritorio. Parece un escribano o un funcionario.

-Gabriel Rodríguez, amante esposo, buen padre, buen amigo y vecino, honrado, trabajador, respetuoso, sincero, generoso. Muerto en su lecho. Destino: paraíso. ¡Bienvenido y enhorabuena!

No hay duda:

-¡Un momento! –exclama lo que queda de Alberto sin saber cómo ni con qué- Yo no soy Gabriel. Él murió hace cuarenta años. Él me salvó la vida. Aquí hay un error. Yo soy Alberto Caravaca.

Algo pareció estremecerse en aquel beatífico lugar. Era como si la luz gimiera y breves sombras se cruzaran entre el resplandor.

¡Un error! Los sistemas de asignación no eran perfectos, pero nunca se había visto un error de tal calibre. Los engranajes del cielo y del infierno empezaron a girar apresurados dispuestos a subsanarlo.

El espíritu de Gabriel se encontró, de repente, en una sala brillante. Parecía la sala de un tribunal y, en efecto, allí se celebraba un juicio. Casi sintió pena de abandonar su cómoda oscuridad y los lúgubres pensamientos que constituían su única compañía. Pero

entonces, ¡no puede ser!, allí a su lado vio una imagen luminosa, llena de belleza, que se parecía a su viejo amigo Alberto, de quien tanto se acordaba. Si hubieran podido, ambos amigos se habrían abrazado y habrían llorado presos de la emoción. Ambos sintieron una punzada de felicidad, como si hubieran permanecido incompletos durante años y ahora hubieran recuperado un fragmento olvidado, valioso e indescriptible.

El juicio fue breve. Los amigos no se hablaron ni comentaron aquella extraña escena. Las gentes de Cielo e Infierno admitieron su error y tomaron una resolución que les pareció justa. Ambos amigos merecían ir al paraíso. Tanto Gabriel, el bondadoso, capaz del sacrificio de su vida para salvar al amigo, el que, conscientemente, consintió el tremendo error para dar otra oportunidad al malvado. Alberto, el que fuera merecedor del castigo eterno, el que había reconducido su vida y había cambiado. Allí no se habló de justicia, aunque todos estuvieron de acuerdo en lo resuelto, haciendo buena la idea terrena que muchos comparten, la de que el sacrificio santifica, idea tan justa o peregrina, según se mire, como que una sola vida merece condena o premio eterno, o que premios y castigos no deben ir aparejados con obras. La chapuza divina, celestial o infernal, quedó concluida.

Terminado el juicio, ambos amigos fueron trasladados al paraíso, rodeados de todo tipo de bellezas y alegría, condenados a eterna felicidad que, para ser completa, sólo necesitaba de la presencia de Paula, y de todos aquellos a quienes habían querido alguna vez, para sentirse perfectos y en paz. La espera no fue pesada para dos amigos que tenían tanto que contarse mientras aguardaban a que la felicidad se hiciera completa.

Juan Luis Monedero Rodrigo

NACIONALISMO POLÍTICO Y CULTURAL

Creo conveniente diferenciar estos dos aspectos de la cuestión, a pesar de que los votantes nacionalistas defienden su postura política incluyendo las cuestiones culturales para justificar su nacionalismo.

Es muy importante aclarar que la cultura de los diferentes pueblos es un bien patrimonio de la humanidad, pertenece a todos los seres humanos por igual, ninguna alternativa política se puede adueñar de una determinada cultura, todos los habitantes de un determinado lugar han contribuido a desarrollarla y por tanto pertenece a todos los ciudadanos de la comarca, región, autonomía o país, por extensión, se puede trasladar esta pertenencia a toda la humanidad.

Cuando pregunto a un votante nacionalista el porqué de su voto, me responde "para defender el idioma y porque quiero mi tierra". Con esta definición, pienso automáticamente que él considera que yo ni defiendo el idioma ni quiero la tierra que me vio nacer y crecer.

El análisis es duro pero necesario para comprender el racismo que muchos nacionalistas tienen en sus entrañas.

Nací en un pequeño pueblo del duranguesado, una comarca del interior de Vizcaya. Cualquiera que visite el lugar observara dos cosas que aclararán la definición de nacionalismo que más abajo expondré.

La primera es el gran empuje que el nacionalismo tiene en la región, la segunda es que prácticamente el arbolado que lo compone es el pino, no es autóctono y es bastante dañino para el suelo, pero más rentable económicamente que los árboles autóctonos.

La propiedad de los montes, está prácticamente al 100% en manos de nacionalistas. Cada vez que se talan los pinares y el suelo queda libre, se vuelven a plantar pinos. Si de verdad quisieran su tierra, plantarían árboles autóctonos, para mejorar la tierra que dejarán en herencia a sus descendientes.

La cruda realidad es que la motivación de plantar pinos, son los euros, no el amor a su tierra ni a sus descendientes.

A mi criterio, el objetivo del nacionalismo, es la explotación a cualquier precio de su tierra, poniendo el amor por su tierra por debajo del amor al euro, sentándoles muy mal, que los maquetos (palabra despectiva que señala a los emigrantes), vengan a hacerles la competencia económica.

La realidad del nacionalismo es más sencilla de lo que nos quieren hacer creer. Sus objetivos políticos, se reducen a mejorar

sus bolsillos, sin consideraciones solidarias con el resto de las autonomías de este país.

A los nacionalistas se les olvida la gran cantidad de emigrantes que contribuyeron al desarrollo económico de sus regiones. Cuando sus nativos no querían trabajar en las fabricas por la dureza del trabajo (preferían quedarse a trabajar en los caseríos), tuvieron que buscar mano de obra en el resto de las regiones del país. Sin esta mano de obra, ni Euskadi ni Cataluña serían hoy lo que son.

No pretendo realizar una disertación antinacionalista, lo expuesto anteriormente sirve para aplicarlo al nacionalismo español, todo tipo de nacionalismo es excluyente y egoísta, mirándose constantemente el ombligo, sin considerar que existen más seres humanos en este pequeño planeta.

Si como raza humana queremos evitar nuestra destrucción, tendremos que aprender a convivir y a compartir los recursos del planeta, no podemos esperar que varios miles de millones de SERES HUMANOS estén pasando miseria y no hagan nada por evitarlo. Más tarde o más temprano, los desheredados del planeta se levantarán y será tarde para los obesos del primer mundo.

En el fondo de nuestro corazón, somos nacionalistas-egoístas, no nos preocupa la miseria humana, la vemos como demasiado lejana para que nos afecte.

Patxi López González

SOBRE HÉROES Y TUMBAS

Nos gusta hacer héroes, fabricarlos a partir de imperfecta materia y convertirlos en iconos, imágenes ideales a las que poder adorar. Nos gusta ver dioses en personas de carne y hueso, borrar personalidades y cambiarlas por el mito.

Por desgracia, el deseo no logra convertir lo inexistente en realidad. Y las grandes ideas o las grandes palabras no justifican los medios empleados para alcanzar los fines soñados que nunca se llegaron a cumplir. Y, por más que imaginemos que nuestros héroes son semidioses de elevados ideales, siempre vuelven, como ídolos de barro, al suelo del que nacieron.

Lo malo es que siempre hay quien desea creer en los mitos y los reinventa cada día.

¿Por qué todo esto y qué relación puede tener con el tema que nos ocupa: la guerra? Porque algunos de nuestros más queridos ídolos son héroes guerreros convertidos en iconos de masas. Durante un tiempo pertenecieron a esta categoría varios personajes del siglo XX: Hitler, Stalin, Mao o el Che. Cada cual tuvo su época y muchos ya han pasado de moda. La historia nos ha dejado mitos guerreros más duraderos: Alejandro, Aníbal, Julio César. Héroes a los que se ha cambiado la personalidad por trazar el mito. Nuestros modernos ídolos tienen más difícil perdurar y menos aún convertirse en leyendas. Pero, curiosamente, el Che sí se ha mantenido hasta ahora como adalid de los desfavorecidos, luchador contra la injusticia e idealista consecuente. Es cierto que este señor nunca alcanzó las cumbres de poder y la capacidad para el genocidio que caracterizaron a muchos de los otros iconos. Pero no deja de ser curioso que al Che no le haya llegado el olvido. Quizá siga siendo un icono durante siglos y continúen habiendo millones de progresistas exhibiendo una bandera con su retrato en la mínima ocasión que tengan para protestar.

Y a mí el caso es que el Che, tan sereno y austero, tan soñador y ceñudo en su famoso retrato, no me parece un tipo tan importante, y lo que representa, lejos de despertar mi admiración, me entristece profundamente.

¿Por qué? Porque soy de los que piensan que ningún ideal merece que por él se derrame sangre. La sangre empaña los mejores ideales. Y el Che Guevara, con sus difusos ideales libertarios y comunistas, no representa para mí el adalid de las causas perdidas o el luchador infatigable, sino el padre de muchas otras guerrillas y terrorismos que han sembrado de sangre los más variopintos lugares de este mundo sin traer solución –antes al contrario- a ninguno de los problemas a los que pretendían enfrentarse. La búsqueda a tiros de paz, libertad o justicia sólo nos ha traído nuevas opresiones, dolores y muertes.

Quizá alguno me piense contrarrevolucionario, carca o imperialista. Puede ser. Esos términos no me gustan, porque son tan

vagos e ilusorios como las lacras que pretenden describir. Sí me considero progresista. Y no me parece nada moderno, progresista ni deseable tratar de imponer tus ideales a una mayoría ignorante por medio de las armas. Durante mucho tiempo ha estado bien visto que hablen las armas cuando las voces no se ponen de acuerdo.

Y no digo que los ideales del Che no sean importantes. Uno puede compartir o no los sueños ajenos, pero debe respetar su buena voluntad y su sinceridad. El de la importancia no es el problema. Quizá yo no comparta la idea de la justicia universal a través del comunismo mediocrizador. Quizá no me entusiasmen los sistemas políticos que restringen mi libertad por mi propio bien. Tampoco los que me animan a creer en libertades inexistentes. Pero pienso que los sueños idealistas del Che sí eran sinceros y hasta creo que él carecía del alma de dictador de otros de los personajes presentados y su deseo de libertad y justicia era sincero.

Pero, igualmente, estoy convencido de que tan importantes son los ideales de una persona como los de otra y no demuestra mucho tino quien trata de imponer los suyos por las armas. Y aun pienso que cualquier vida humana es más importante que un vago ideal. Por eso mismo me repugnan aquellos que consideran sus ideas más valiosas que las vidas de los demás, aceptando como necesario el sacrificio de personas en aras de un futuro mejor. No soporto esa imposición ni ese modo de justificar violencias.

Por todo ello, considero que el Che es un fraude y un icono vergonzante, aunque el Che persona me pueda parecer un hijo de su tiempo y un tipo de buena voluntad que equivocó los métodos. En su tiempo muchos lo justificaban. Lo malo es que las justificaciones suelen enredarse unas con otras y al cabo uno debe aprobar lo injustificable. Si aceptamos un crimen o una muerte como necesarios, ¿dónde podremos situar el límite? Quizá ya no haya límite tras esa primera permisividad.

Si uno no deja claro desde el principio que la violencia no puede ser un medio para lograr objetivos políticos o sociales, se verá abocado a comulgar con ruedas de molino. Si el Che es un icono adorado de muchos, habrá que justificar la existencia de guerrillas, paramilitares y terroristas, todos ellos con su propia idea de cómo

debe ser el mundo. Y habrá que aceptar que asesinen para alcanzar su mundo maravilloso. No creo que nadie en su sano juicio considere esta vía como la deseable. Casi cualquier ideal puede encontrar un defensor, ¿por qué unos pueden matar por él y otros no? ¿Quién juzga los ideales que permiten la violencia y cuáles no?

Y, ojo, que nadie me malinterprete. Esto incluye también a los dictadores que manipulan a su pueblo o a los gobernantes supuestamente democráticos que defienden los ataques preventivos para salvaguardar sus libertades.

Creo que ya he dicho en alguna ocasión que es más difícil construir que destruir. Uno puede estar contra un sistema, pero es mejor conservar lo mejor que tenga y cambiar el resto, no destruirlo todo y tener que empezar de cero.

Sinceramente, creo que mucha gente que adora al Che no sabe muy bien qué es lo que le fascina de este icono. Si son sus métodos o sus ideales, o simplemente su espíritu indómito o contestatario. Eso, al menos, ya sería algo, porque me da la impresión de que muchos se quedan en la simple simbología. Aunque, realmente, el retrato es de una gran belleza plástica y quizá, simplemente, los fascina la imagen, lo cual es triste pero inocuo. O la idea de la lucha armada en sí misma, lo cual me parece más peligroso y terrible. Pienso que habrá un cambio importante en el mundo el día en que la gente deje de pensar que se pueden y deben defender a tiros las ideas.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Con paso cansino Rafa se dirigía al parque donde, pensaba, podría relajar su atribulada mente mientras observaba algo tan prosaico como la caída de las hojas o la mortecina puesta del sol. Era tal su ensimismamiento que ni el bullicio que emanaba del recinto ferial próximo le distraía de sus pensamientos.

En esta tesitura se encontró, mejor dicho se topó, con Mario, un antiguo compañero del instituto con el que en tiempos pretéritos le había unido una cierta amistad. El tiempo y los distintos intereses profesionales les habían separado. Después de los saludos que las normas de urbanidad disponen para el caso entraron en materia hasta que su contertulio sacó a relucir preguntas sobre su estado

sentimental. Rafa respondió de una manera extraña a su interlocutor (bueno no tanto porque desde su estancia en las aulas ya le apodaban "el filósofo" aunque sus compañeros no entendían muy bien ese mote que le habían colgado los mayores): "paseo por las calles del tiempo en busca de alguna relojera que comprenda los tictac de mi corazón". Tras la sorpresa inicial Mario le contesta ¡Ah! Más o menos que te dan calabazas ¿no?. Sí, algo de eso, respondió Rafa. El tono que creyó percibir en esta contestación hizo que Mario pusiese fin a su pretensión de continuar con la conversación y como salida a la situación un tanto embarazosa para él dio por concluida ésta con el clásico "bueno, hasta la próxima, que tengo un poco de prisa". Un adiós casi imperceptible recibió por respuesta. Rafa reinició su marcha, otra vez absorto en sus vivencias, mientras mascullaba "¡qué manía tiene la gente de fiscalizar todo!".

P.A.M. 213

FRANCOTIRADOR

Soy el que siempre dispara.
El ojo tras la mirilla.
El dedo que hurga en la llaga de metal.
Yo soy el que nunca muere.
Yo soy el que siempre mata.
Aquel que se siente, a veces, inmortal.
Soy quien decide la vida.
Soy quien otorga la muerte.
El lado oscuro al que debes venerar.
No pidas misericordia,
ni conciencia, ni memoria.
Tan sólo eres un objeto al disparar.
Comprende que esto no es algo personal.
Que no disparo directo al corazón.
Que es accidente que tú mueras sin más.
Que el crimen jamás ha sido mi intención.
Disparo porque me mandan, porque debo.

Porque la guerra es así y he de ganarla.
Para mí no eres persona, no una víctima.
Tan sólo un muñeco más del pim pam pum
en que se me convirtió la vida como feria.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LOS MEDIOS

-¡Señor! –saludó el teniente al general, marcando la palabra con su mano desplazándose marcialmente hacia la visera y un seco golpear de los tacones de sus botas.

El general, displicente, no se molestó en devolverle el saludo. Ni siquiera alzó la vista de sus papeles cuando replicó al oficial:

-Teniente, ¿tiene usted alguna explicación para este tremendo fracaso?

El teniente se puso aún más tenso. Había esperado que el general fuera más comprensivo. De hecho, no consideraba que aquella derrota se le pudiera achacar a él que, simplemente, se había limitado a cumplir órdenes y marchar con su pelotón en aquella dirección suicida. Al menos, cuando las cosas se pusieron mal de veras, fue capaz de salvar a la mitad de los hombres de su unidad. Pero el general no parecía entenderlo así. El tono de su voz era significativo, también su actitud y el mero hecho de no permitirle pasar a la posición de descanso. El teniente se estiró aún más dentro de su traje, que tan bien solía sentarle y que ahora le parecía varias tallas superior a la suya.

-El enemigo era superior en número y estaba mejor posicionado. No teníamos ninguna posibilidad. Usted debe saberlo. Al menos –añadió desafiante- he salvado la vida de la mitad de mis hombres. Si me permite decirlo, creo que…

-¡La mitad de sus hombres! ¡Cállese de una vez, mentecato!

El teniente quedó mudo y pálido.

-El problema es que ninguno de ustedes debió regresar de aquella escabechina.

-Pero, señor, no comprendo el objeto de…

-No, ya veo que usted no comprende gran cosa. No comprende que el único objeto de su ataque era que todos sus

hombres fueran aniquilados, que murieran como los valientes que todos suponíamos que eran.

-¡Y lo son! –replicó el teniente, cambiando momentáneamente su confusión por indignación, un sentimiento mucho más manejable.

-No lo pongo en duda, teniente. Y usted, como su jefe, ha demostrado ser un perfecto mequetrefe.

El teniente se sonrojó, pero no dijo nada. Si debía cargar él con culpas inexistentes para salvar a sus hombres del deshonor, estaba dispuesto a hacerlo.

-¿Acaso no sabía usted que estaban presentes los medios de comunicación? Claro que sí. ¿Y no se le había dejado bien clarito que debían posar para las cámaras de la televisión pública?

El teniente, sin comprender, agachó la cabeza, esperando que terminase el chaparrón, y se limitó a asentir levemente ante cada pregunta.

-Claro que lo sabía. Pero desobedeció las órdenes deliberadamente.

-¡No podía permitir la muerte inútil de todos mis hombres! –exclamó el oficial elevando la voz, a punto de resultar irrespetuoso.

-¡La muerte inútil, dice! Es usted más imbécil de lo que yo pensaba. Me habían dicho que era usted un oficial joven, resuelto y capaz. Creo que sólo la primera premisa resulta cierta. Nadie pretendía que sus hombres tomasen la posición enemiga. Nadie confiaba en una victoria. Aquello era una misión suicida, la antesala de una masacre.

-Entonces, no comprendo…

-Calle, calle de una vez y deje de decir tonterías. Nadie esperaba su victoria, pero menos aún su retirada. El capitán le repitió la orden dos veces: ataquen, ataquen hasta lograr la victoria. Éramos su capitán y yo quienes debíamos juzgar si la victoria estaba o no al alcance. Y es obvio que no pretendíamos ganar esa escaramuza. Pero necesitábamos unos mártires valerosos cuyo sacrificio fuera retransmitido por las cámaras de televisión. ¿No comprende? En nuestros días son los medios la clave de la victoria. En esta guerra, como en todas las del pasado reciente, la opinión pública es casi tan

importante como la fuerza de los contendientes. ¡Por eso estaban las cámaras allí! Ustedes debían lanzarse valerosamente hacia una muerte segura contra un enemigo infinitamente superior. El sacrificio no sería inútil. Una simple escaramuza no decide una guerra. Pero su huida ha sido lo peor que nos podía ocurrir. En primer lugar, cuando la audiencia televisiva se había disparado, va usted y ordena la retirada. ¡Para eso no se conecta en directo con el noticiario de máxima audiencia! ¡Ni se envían cuatro cámaras, incluida la del helicóptero, para grabar la escena! ¡Y nadie le ordenó retroceder! Al principio de la lucha alcanzamos una audiencia increíble. Pero luego, con la retirada, la gente empezó a desconectar. Y, ¿sabe usted lo que eso significa? No, claro que no lo sabe. Nuestros patrocinadores retirarán su apoyo y nuestros recursos se reducirán. La próxima batalla ni siquiera tendrá cobertura televisiva. Y eso es malo, muy malo. Casi tanto como el descenso en la moral de nuestra tropa y nuestro pueblo. El público se identifica con las víctimas heroicas y desea parecerse a ellos. La muerte de todos ustedes no era gratuita. Significaba una mínima victoria que podía traernos miles de alistamientos y, lo que es más importante, el apoyo ciego de muchos votantes para una ofensiva a gran escala con la que vengar la afrenta. Y eso son recursos, señor mío. La fuerza de esta guerra.

-Yo, yo… -intentó justificarse el teniente.

-Menos mal que el capitán contaba con dos unidades más –prosiguió el general ignorando la interrupción-. Los demás sí cumplieron y pudimos desviar las cámaras hacia su gesta. Ustedes han sido la vergüenza de la nación, el ejemplo a evitar. Los demás son ídolos. Sus muertes han sido seguidas por millones de espectadores y su valor es admirado y envidiado. ¡Hoy hemos dado un golpe importante al enemigo! Mañana contaremos con más hombres y más material. Nuestros patrocinadores ya han prometido incrementar sus aportaciones y su publicidad.

El general hizo una pausa para encenderse un puro. No le ofreció otro al teniente. Su rostro, emocionado y eufórico hacía sólo un instante, se tornó repentinamente sombrío antes de seguir hablando.

-Lo suyo, por desgracia, ya no tiene remedio. Casi siento pena por usted pero, en cierto modo, se lo ha buscado y lo merece. No podemos consentir que los supervivientes de su unidad sean considerados cobardes. Sé positivamente que ni ellos ni usted lo son en absoluto. Pero el público los aborrece. Y nosotros necesitamos una cabeza de turco. Por economía, debe ser la suya. Entiéndame, si de mí dependiera, me limitaría a degradarlo a suboficial y ponerlo de sargento chusquero nuevamente en primera línea. Pero me temo que el público y nuestros patrocinadores exigen más. Así que no tengo otro remedio que juzgarlo en consejo de guerra y condenarlo a muerte por deserción y cobardía. No me alegra matar a uno de mis hombres, pero me han asegurado que es lo mejor. El consejo de guerra aumentará nuestra audiencia y su muerte elevará la moral de la tropa y las aportaciones de los patrocinadores.

El general alzó la vista hacia su subordinado. El teniente tenía la mirada fija en un lugar indeterminado delante de él. Se diría que observaba los ojos del general, pero la mirada era hueca y estaba perdida en el infinito.

-Lo lamento –dijo el general en tono dulce-. Pero así son las cosas –añadió, recobrando la dureza-. En fin, el juicio debe ser lo más rápido posible para aprovechar las circunstancias. Tiene dos horas para despedirse de su familia, amigos o quien quiera. El consejo será esta noche. Debe pasarse por maquillaje para que lo preparen. Habrá cámaras filmándolo todo. Lo fusilarán al amanecer. Es todo. Puede retirarse.

El teniente hizo entrechocar sus talones y saludó con todos los músculos en tensión. El temblor de su mentón delataba su nerviosismo y su miedo. Se dio la vuelta y salió de allí.

-Será maricón –dijo para sí el general cuando el teniente salió. Se levantó y abrió la ventana de su despacho. Un cierto olor fecal había invadido sus fosas nasales acompañando la partida de aquel gilipollas que no sabía ni morir por la patria ante las cámaras.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL SECRETO DE MI ÉXITO LITERARIO

Mi afán filantrópico me lleva a compartir con el resto de los mortales una de mis más valiosas perlas de sabiduría. Yo, que no soy en absoluto guerrero, pese a mi erudición histórica y mi memoria en mil once páginas que lleva por título "La evolución de la táctica militar en los quince primeros lustros del imperio bizantino" o a mi no menos laureada "Posturas cómodas en la batalla: breviario guerrero para torpes" así como varias monografías biográficas e históricas sobre personajes y asuntos militares, he decidido que en este caso guardaré mi opinión sobre tan trascendental asunto –lo que yo defino como pacifismo armado y militante- para mejor ocasión. En lugar de un ensayo filosófico-moralizante-arengario, he preferido incluir en esta revista una nota de la más pujante actualidad acerca de mi técnica narrativa, causa segunda, aparte mi incuestionada genialidad, de mis múltiples éxitos literarios y ensayísticos.

Muchos admiradores, y algún que otro envidioso camuflado, me preguntan, por este orden, 1) cuál es la razón del apabullante éxito de mis escritos y 2) por qué todos mis textos, al margen de estos brevísimos ensayos, ocupan docenas, cientos o miles de páginas con apretada caligrafía o minúsculos tipos de imprenta. Mis ignorantes amigos, he decidido confesaros el secreto de mi éxito e iluminar vuestros cerebros con la llave de la primacía literaria.

Amigos, lo primero que debo confesaros es que la respuesta a ambas cuestiones corre pareja por estar ambas inextricablemente unidas en su origen. Así que, por proceder con el orden y sistematización que exijo a cualquiera de mis escritos, empezaré indicando la razón de la extensión de todos mis textos para, finalmente, indicar cómo mi magnífico estilo me permite ser un autor a la vez hiperprolífico e idolatrado por lectores y crítica.

Textos largos, me dicen. Textos aburridos y monótonos, añaden algunos imbéciles. Textos insoportables, interminables, vacíos y escritos pésimamente, completan mis enemigos más recalcitrantes. ¡Ja!, les replico yo. Textos con el tamaño adecuado para cumplir con su fin. No saben estos pelagatos que tan alegremente me critican que cualquier escritor debe modificar siempre su estilo para conseguir la máxima extensión de sus textos. Ignoran que el tamaño de la obra es

directamente proporcional a su valoración y, lo que es aún más importante, su máxima extensión constituye un seguro para conseguir captar la máxima atención del lector y su final aplauso.

No ignoro que algún mal lector, algún impaciente de esos que lo más extenso que ha llegado a leer en su patética existencia es el menú –e incompleto- de un restaurante, abandonará la lectura de uno de mis gruesos volúmenes aun antes de haberla iniciado. Pero mi obra no se dirige a esos pseudolectores impacientes. Yo quiero lectores de veras. Mi obra se dirige a cada uno de esos lectores orgullosos de su hábito que no se resignan a la derrota ante el texto ya iniciado y son capaces de meterse entre pecho y espalda cuantas páginas sean necesarias hasta llegar al meollo del asunto que les interesa. A los lectores habituales, a los lectores de verdad, a esos se dirige mi magna obra.

¿Qué hay de malo en un texto largo y plúmbeo? Nada salvo el nombre. No niego que, en un principio, el lector se desanima ante un texto largo, farragoso y aburrido. Pero la paciencia, noble virtud donde las haya, tiene en el hábito la capacidad de modificar perspectivas. Cuando el lector se enfrenta a un texto largo, pasa por una sucesión de fases: rechazo, aburrimiento, desánimo, costumbre, gusto y fascinación. Los seres humanos, tan versátiles como somos, tenemos entre nuestras características la búsqueda del hábito, el acostumbrarnos a cualquier cosa y convertirla en rutina. Por eso, el lector enfrentado a un ladrillo mastodóntico y monumental, tras pasar en dolorosa sucesión por las primeras fases del proceso de creación de hábito lector, descubrirá que, una vez habituado al estilo, lo encuentra normal y hasta le halla el aire para, finalmente, ser incapaz de abandonar la lectura hasta concluir el mamotreto. ¿No ha comprobado el querido lector como, tras concluir una obra voluminosa, cualquier otro texto cuya lectura inicie le parece extraño e incómodo?

Por eso es importante tener un estilo personal. Y aún más importante que la calidad del estilo es la sobreabundancia en la narración. Cien páginas son mejor que cinco y dos mil mejor que ciento. Bien lo saben muchos editores y los escritores más avispados y de mayor éxito del mundo literario. Las sagas literarias son uno de

los mejores ganchos para el editor. Las series de varias novelas de quinientas páginas –por decir un número pequeño- cada una, una vez que captan la atención del cliente-lector se convierten en una venta segura, pues nuestro destinatario adquirirá todas las secuelas y precuelas que queramos colocarle. El escritor de moda deberá, por tanto, escribir textos interminables y dejar, igualmente, sus historias y razonamientos a medias o, cuando menos, concluidos sólo en parte, para tener la oportunidad de prolongar la narración si lo escrito tiene éxito y al narrador o a su editor les apetece.

Lo que es válido en ficción lo es aún más en cualquier ámbito de la ciencia pues las pruebas no son tan importantes como la insistencia en nuestros razonamientos. Se puede convencer al lector bien con los argumentos o por simple hartazgo. Una sucesión de páginas demostrativas de cualquier cuestión es más eficaz que el más claro de los teoremas o el más válido de los axiomas.

He ahí, pues, el secreto de mi éxito y la causa de mi prolificidad y la extensión de cada uno de mis escritos. Un científico como yo, un investigador sin par, un erudito de luces infinitas, debe convertir su sabiduría en volúmenes de no menos de trescientas páginas. En el número está la seriedad de la obra y su capacidad de convicción. Vencida la resistencia del lector, convertido nuestro estilo en hábito de lectura asumido, podremos convencer a cualquiera de nuestros incuestionables argumentos sin necesidad de recurrir a la burda exposición de la prueba.

En fin, que no quiero extenderme más en este asunto por cuanto que he decidido abrir unos cursos de iniciación a la narración en los que expondré con mayor detalle estos y otros argumentos así como todas las técnicas que sólo yo poseo para lograr el éxito literario. De modo que, aquel que se haya visto cautivado por esta brevísima perla de sabiduría introductoria, sólo tiene que contactar con la redacción de esta revista para inscribirse en mi taller literario –que responde al sencillo nombre de "Cómo aprender a escribir con el ilustre Gazpachito Grogrenko aunque uno jamás pueda aspirar a estar a su altura"-, en el cual podrá aprender a escribir textos farragosos e interminables en los que no se diga absolutamente nada –de gran interés para aspirantes a la política-, con un estilo retorcido y oscuro.

Además, el taller incluye prácticas de retórica y oratoria gangosa, de innegable interés para cualquier comunicador de nuestro tiempo.

En la brevedad está el pecado. En la extensión el secreto del éxito. Y, como dice el refrán, más vale que sobre que no que falte. Sobre todo si uno necesita desarmar intelectualmente al rival al que quiere convencer. He dicho.

Gazpachito Grogrenko

(generosa luminaria de la humanidad)

Nota: dado el éxito que se supone a esta iniciativa formativo-comercial, debo anunciar que establezco para los grupos del taller un *númerus clausus* de once mil trescientos ocho alumnos, por lo que todas las peticiones posteriores a estas serán puestas en una lista de reserva por si alguno de los titulares falla, no cumple sus expectativas o paga peor de lo que aprende.

RENDIRSE PARA VENCER AL ENEMIGO

No quiero hablar de guerras y armas al uso de las que llenan todas estas páginas. Quiero referirme a una guerra terrible en la que no se contabilizan víctimas. Una guerra que empieza con amor y termina de cualquier modo. La guerra de sexos en la que todos nos rendimos alguna vez ante el enemigo sin confesar que nuestro deseo más oculto es conquistar todo el territorio rival. Cuando en un enfrentamiento influyen los sentimientos, la batalla puede alcanzar cotas inusitadas de violencia.

La guerra de los sexos ha sido larga y cruenta. Los hombres, intranquilos en nuestros asientos, comprobamos como un enemigo que parecía vencido y a nuestros pies, dispuesto a colmar nuestros deseos y amoldarse a nuestras expectativas, se levanta de su postración secular y nos lanza un desafío que no estamos seguros de poder asumir. Nosotros, que desde nuestro lenguaje hemos extendido la superioridad del macho, haciendo cojonudo lo magnífico y coñazo lo despreciable, y arrostrando riesgos con nuestros cojones sabiendo que en el hogar esperaban la mujer y su paz uterina, asistimos a una revolución que impregna, o eso intenta, de corazón y sentimientos femeninos la nueva realidad. Realidad en la que las labores familiares y hogareñas han de ser compartidas y el lugar de la mujer va más allá

de la cocina, la cuna y la cama. Los hombres, como todo vencedor confiado y adocenado, asistimos a un levantamiento armado -el de las poderosas tetas, más fuertes que carretas y a las que nunca pudimos resistirnos- y contemplamos impávidos como las pacíficas hembras, sin derramar sangre aunque sí toneladas de nuestro orgullo, adquieren un puesto en el mundo y nos tratan como iguales, en el colmo de la insolencia. Y nosotros los hombres occidentales, mientras retrocedemos y abandonamos nuestras cómodas posiciones, vamos asumiendo que tenemos la guerra perdida y que bien podríamos darnos por satisfechos con que acabase en tablas, mientras tratamos de conservar ridículos reductos de nuestro poder anterior y soñamos con volver al tiempo pasado o cambiar de religión y hacernos moros poseedores de un harén, ignorando, a la par, que en esta guerra, ni la chilaba nos salvaría de unas mujeres que desean ganar la guerra y tienen el poder sexual –del que carece el hombre- y la voluntad suficiente como para lograrlo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL QUINTO JINETE

Negro, oscuridad y niebla.
Es el quinto jinete quien cabalga.
Fuego, sangre… ¡Tiembla!
Está cruzando el mar en una balsa
Hambre, enfermedad y miedo.
Bombas, derrumbes, metralla.
Países deshechos, sin dinero.
en medio del fragor de una batalla.
Hombres oscuros, rudos, sin familia
sobreviven entre muerte e inanición.
Mujeres y niños ya sin vida
son testigos de su suerte y su dolor.
Pobreza, humillación, violencia.
Heridas, lágrimas, sudor.
Es el quinto jinete sin conciencia,
Sin moral, sin ética, sin Dios.
El caballo es la muerte,

¿quién lo guía en su carrera?
¡Apartaos!, es el quinto jinete.
Es el hombre, el jinete de la guerra.

Inma Rodrigo

(dedicado al presidente de los Estados Unidos George "Ben Laden" Bush y a quienes le apoyan)

SACOS

Yo apilaba muertos, le dijo el abuelo al chico cuando le preguntó por la cicatriz en la pierna.

Aquella línea rosada, brillante y quebrada que el abuelo se rascaba tan a menudo. Cuando hacía frío, cuando hacía calor y le molestaba el sudor. Cuando estaba nervioso. Era el centro magnético de su misteriosa anatomía. Un lugar oculto bajo el pantalón. Presente en la imaginación infantil cuando un leve gesto del viejo depositaba la mano sobre la pierna para calmar la comezón. Dolor, aprensión y memoria se mezclaban para convertir aquella cicatriz en la zona más sensible del cuerpo del abuelo. Su piel pálida, de un desagradable color lechoso, se volvía mágica al adquirir un tono rosado justo en la cara superior externa del muslo derecho, en lugar sólo visible cuando el abuelo contaba sus historias y enseñaba la herida de la guerra.

Guerra lejana, misteriosa como todo el abuelo, desconocida, mágica como la cicatriz. Guerra que hacía pensar al nieto en la televisión y los comics, en películas de aventuras y dibujos animados japoneses. Guerra indistinta de todas las demás guerras del pasado, el presente o el futuro. Guerra irreal. Sin víctimas, motivaciones, traición, sufrimiento, miedo, dolor. Heroica. Del abuelo invencible vencedor de todos los malvados que escapó de la larga contienda con una sola herida y muchos recuerdos gloriosos. Miserias adornadas por la narración en la ingenua mente infantil.

Yo apilaba muertos, había dicho el abuelo.

Los muertos eran como sacos de arena. Eran su sustituto natural cuando la contienda se volvía violenta y no había otra protección a mano con que guardarse del tiroteo y sus balas perdidas. Pocas llevaban dirección concreta. Había francotiradores, pero eran los menos. Uno no veía al enemigo individual. Sabía que, del otro lado

de la línea de fuego, había gente con el mismo miedo que uno pegando tiros a tontas y a locas. Igual que ellos, los buenos. El abuelo y los suyos siempre eran los buenos. El chico tenía claro que su abuelo sólo podía estar en el bando de los buenos, vencedor de los malos. Es más, la simple presencia del abuelo volvía a su bando, fuera el que fuera, el de los buenos. El abuelo era un valiente y pegaba tiros como el que más. Había matado, por lo menos, a cien mil enemigos. O a un millón. Era el abuelo más valiente del mundo Casi como el Capitán Trueno. O Mazinger Z. El abuelo disparaba y esquivaba las balas de los malos. Aquellos tíos no acertaban nunca. No como los del abuelo. Y todos se escondían detrás de sacos de arena. O de muertos.

Como los que apilaba el abuelo, que contaba su historia, la única que merecía ese nombre. En mitad del tiroteo el abuelo estaba detrás de los muertos. Colocaba los cadáveres delante de él, unos encima de otros. Como si tal cosa. Y al nieto le parecía que aquellos muertos eran lo más natural del mundo. Como si fueran muñecos de plástico o piezas del Tente. El abuelo se escondía detrás de los muertos y las balas zumbaban en el aire a su alrededor. Como en la peli El día más largo. Y él, como si tal cosa, esperaba a que los malos disparasen y entonces, echándole cojones al asunto, como él decía, se levantaba un poco, se asomaba, veía dónde estaban los malos y les disparaba: pum, pum. Había matado a cuarenta y cinco.

El abuelo no se inmutaba. Contaba la historia con orgullo. Ni matarife ni oveja, ni paloma. Un tío con un par de huevos defendiéndose de los otros. La violencia no era buena ni mala, gratuita ni cruel. Necesaria. No había que decirle al chico nada al respecto. Él comprendía. Su abuelo era un tío grande que había ganado la guerra él solito.

O les matas tú o estás frito.

Lo que más le gustaba al chico era cuando el abuelo se pasaba el dedo índice por debajo del cuello y hacía ese ruido tan gracioso, uiiij, que imitaba a un cuchillo rebanándole el pescuezo.

El abuelo no conocía a los muertos. Tampoco al enemigo. Allí estaban él y unos cuantos, aunque el que ganó la guerra fue el abuelo, detrás de los sacos y los muertos. Unos tíos a los que no conocía de nada, mirándole con su cara de muerto, la que se les había quedado al

morir, llena de polvo y sangre. Daba asco oírle. Los muertos estaban medio podridos, medio destripados, medio desmembrados, llenos de sangre y polvo. Y olían que apestaban. Pero al abuelo eso no le importaba.

Los muertos salvaban vidas.

Y al nieto le encantaba escuchar esa historia tan asquerosa y se le erizaban los pelos de la nuca sólo de imaginarse el mal olor y los gusanos blancos y canijos moviéndose por la piel de los muertos. Hasta veía las caras de los muertos, todos haciendo muecas raras. Oyendo al abuelo, parecía que los muertos eran buena gente, tipos que estaban mejor muertos que vivos. Ya que se morían, por lo menos hacían un servicio. Claro, que no todos los muertos eran buenos. Luego estaba aquel tío que se la tenía jurada al abuelo.

Los tiros volaban de un lado a otro. Y ninguna de las líneas avanzaba. Así era el frente. Tan pronto avanzaban un buen trecho como retrocedían. Lo normal era estar quietos y, todo lo más, ponerse a intercambiar tiros en pequeñas escaramuzas. De vez en cuando, había batallas grandes y eso era otra cosa. Ahí se podía oler el canguelo de la gente. Ahí sí que había que tener los nervios templados. Algunos se templaban con el vino y entonces, una de dos, o se lanzaban a lo loco contra el enemigo, que se los ventilaba en un santiamén, o les daba más canguelo, se volvían y su propio teniente les pegaba un tiro entre ceja y ceja.

Cuerpo a tierra y detrás de los cadáveres. Gritos, obuses, tiros, sordera, el zumbido de la propia tensión en los oídos. De vez en cuando, ráfagas de disparos. Luego tiros sueltos. Algún disparo pasaba más cerca y entonces a uno se le ponían por corbata.

Pero allí seguía el abuelo, que tenía unos cojones bien grandes, que le tenían que pesar si los llevaba de corbata. No se movía. Se quedaba detrás de los muertos y, de vez en cuando, se levantaba un poco y disparaba por encima de la pila. El intercambio de disparos proseguía y casi todos los tiros marraban su objetivo. A veces, un compañero gritaba. Mecagüen, eso era que le habían dado a uno de los tuyos. Por eso ayudaban los muertos, porque muchos de los tiros se los llevaban ellos y a esos ya no les dolía.

El niño podía imaginar el ruido sordo de las balas golpeando contra los cuerpos inertes como un tiro de James Bond con su silenciador, o mejor, como el ruido del arpón de 007 bajo el agua. Qué tío era el abuelo. Allí pegando tiros detrás de los muertos, escuchando las balas silbando alrededor y notando como los cadáveres se movían si les acertaba una bala o si un obús que caía cerca levantaba el terreno y a los muertos de la pila.

Cuando un compañero moría, daba un poco de pena. Más que nada porque el siguiente podía ser uno. Pero tampoco era cuestión de pensárselo mucho. Mejor que fueran los otros los que se morían. Si el tipo que había caído era tu amigo, te daba tristeza. Pero fuera o no tu amigo, alguien de tu unidad o un civil, ahora era un fiambre que sólo servía para una cosa. Si estaba cerca, se le colocaba sobre la pila de cadáveres. Hala, ahora era más difícil que te dieran.

El abuelo, para evitar que lo cogieran, había llegado a esconderse por debajo de alguno de los muertos, bien tapadito, mientras pasaba el enemigo. Al nieto eso le daba mucho asco, pero disfrutaba oyendo al abuelo, cuya imagen se magnificaba cuantas más barbaridades le decía. Si estuviera el padre le diría que no le contase esas atrocidades al muchacho. Pero en el fondo él también disfrutaba escuchando el relato. No como la madre, que a ella sí que se le revolvería el cuerpo. Pero no estaba ninguno. Sólo el abuelo y el nieto. Tal para cual.

Algún compañero se moría. Y, a veces, hasta te daba igual, porque era un tipo petardo e insoportable. Casi hasta te alegrabas de no tener que volverlo a aguantar. Pero claro, no está bien eso de burlarse de los vivos ni menos aún de los muertos. La gente puede tener muy mala baba.

Como aquel cabo Rojas. El tipo era un cabrón. Tenía que haber estado del otro lado, del de los malos. Era un mal bicho. Alguien que te podía hacer pirulas en el mínimo descuido por tu parte. Un chivato, un prepotente, un mal colega en la lucha y peor aún en la diversión. Alguien de quien no te podías fiar. El tipo de persona que no dudaría en pegarte un tiro así, sin más, si podía sacar algún provecho de ti. A más de uno le quitó un reloj valioso o un diente de oro.

Rojas se llamaba, aunque me las hizo pasar moradas.

La risa cascada del abuelo, mezcla de risa y tos ronca, le hacía mucha gracia al nieto. Y el abuelo, como se creía que lo gracioso era la manera de contar la historia, pues se emocionaba y seguía tosiendo y riéndose mientras hablaba.

Al Rojas ese se lo cargaron. Y ya era hora, que casi fue un alivio para la unidad. Vamos, que alguno había por ahí pensando en cargárselo él mismo aunque fuera de los suyos con tal de no tenerlo que soportar. Si la bala que mató al Rojas procedía del enemigo o de un compañero, vaya usted a saberlo. El caso es que el Rojas estaba cerca de uno y era un fiambre más que colocar sobre la pila de muertos, que andaba un poco escasa después de que un obús hiciera un hoyo al lado y varios muertos se hicieran trizas y saltaran por los aires.

Ahí ya no hay tu tía. Si te cae un obús encima, no te salva nada.

Ni los muertos que tengas a mano ni nada. Los obuses hacían un hoyo y se cargaban todo. Y el último había caído cerca. El abuelo reptó hacia su lado derecho para buscar una zona más oculta. Y allí vio al Rojas con los ojos abiertos y la mirada fija. Estaba kaput. Una bala le atravesaba la cabeza de lado a lado y de la mandíbula rota brotaba un reguero de sangre negra.

El nieto era incapaz de imaginarse con detalle al Rojas. Para empezar, tendría que haber sabido de qué lado a que lado iba la bala. Y luego, el detalle de la mandíbula rota sangrando no le encajaba en la imagen de un Rojas chulesco, con bigotes a lo Robert Taylor, que siempre pintaba en su mente.

El abuelo tomó el cadáver del Rojas, sin mirarle a la cara de bobo que le había quedado, y lo puso al lado de los otros muertos, justo delante de él. Y venga, pum, pum, a pegar tiros sin volver a pensar en el Rojas ni en la madre que lo parió. El abuelo disparaba y los malos disparaban. Algún tiro sonaba cerca, otros lejos. Unos se llamaban, otros aullaban de dolor. Y el abuelo seguía a lo suyo. Salvando el pellejo y disparando al enemigo. Pum, pum, y morían cuarenta y tantos malos.

Pero entonces una bala, un pum que no había oído ni sentido, atravesó el brazo del Rojas, el muerto que estaba justo delante del

abuelo, y no se detuvo allí sino que rompió en astillas el hueso del antebrazo, el radio, con tan mala suerte que una de las esquirlas que saltaron por los aires se clavó en el muslo derecho del abuelo y le hizo un desgarro considerable. Ahora el que aulló de dolor fue el abuelo, que todavía no sabía lo que había pasado. Entonces se miró la pierna y vio el desgarro. Y vio el cacho de hueso que sobresalía de su pierna, sin saber si era el suyo que se le salía de mala manera. Mecagüen, y delante de él vio el cuerpo del Rojas hecho cachos, sin un brazo, y en su cara de bobo le pareció ver una risa burlona, de mala pipa, que parecía una mueca hecha adrede al abuelo. No, si hasta muerto el muy cabrón. Y entonces comprendió que el hueso era del Rojas, cuyo brazo estaba hecho cachos y el abuelo quiso arrancarse el hueso de la pierna y no pudo. Y, aunque tenía los cojones muy grandes, se le pusieron por corbata y como le dolía mucho se desmayó y allí terminó la batalla para él.

Más tarde el abuelo se despertó. Estaba en una camilla. Oía gemidos a su alrededor. Olía fatal. Como si hubieran mezclado sangre, sudor y mierda y con la pasta hubieran impregnado todo. El abuelo se miró la pierna y allí vio el cacho de hueso. Oyó voces a su alrededor. Eran los camilleros o los médicos, no sabría decir. Ya no estaba en primera línea. Pasaban coches y camiones. Debía esperar la ambulancia. Empezó a sentir sueño, y un fuerte palpitar en la pierna con cuyo ritmo terminó por dormirse.

Volvió a despertar en el hospital y de mala manera. Notó como alguien volvía a desgarrarle la pierna y salió de su modorra con un grito de dolor. Un medicucho flaco y con gafas le había extraído el trozo de hueso.

Un trozo de radio, no había bala.

Y el abuelo comprendió que era la venganza del Rojas. Un hueso del brazo del Rojas se había clavado en su muslo y le había desgarrado la pierna. El Rojas era malo hasta después de muerto, por eso se reía con aquella expresión tan boba en su cara de muerto. Cuando le contó al médico lo del Rojas el otro se echó a reír. El cadáver de delante le había salvado la vida. Y una mierda, pensó el abuelo. El Rojas casi lo mata. Herida de hueso, menuda cosa. Y tuvo suerte de que le diera en la cara externa del muslo. Si le da por

dentro, kaput, le corta la femoral y el abuelo se va al hoyo. El gesto con el dedo a la altura del gaznate y el ruido del corte, uiiij, no dejan lugar a las dudas. Menudo cabrón era el Rojas. Ya podía haber sido un muerto bueno y tranquilo como los demás.

Pero el abuelo no tardó en recuperarse. La pierna le dolió mucho. Todavía le dolía después de tantos años. Y le dejó una fina cicatriz rosada y quebrada. Pero el abuelo pudo volver a la guerra y la ganó el solito, pum, pum, y mata a cien mil o más de los malos. El abuelo ganó la guerra y volvió a casa con la abuela. Y mira qué medalla tan bonita le dieron en la guerra. Aunque, la verdad, parece un poco chuchurrida y oxidada. Claro que impresiona, aunque no tanto como la herida de la pierna.

Y el nieto sueña con ser como su abuelo. Sueña con que haya otra guerra y pueda luchar contra los malos. Apilar muertos delante y ponerse a pegar tiros, pum, pum, y que mueran cuarenta y tantos de una vez. Y ganar, como su abuelo, la guerra él solito.

Abuelo, enséñame la herida.

Y el abuelo, orgulloso, se desabrocha el pantalón, se lo baja a la altura del muslo y, casi en calzoncillos, muestra la línea rosa quebrada que le duele cuando hace frío o calor y cuando está nervioso. El nieto, fascinado, la observa y, sin pedir permiso, pasa su pequeño dedo infantil por la superficie brillante de aquel recuerdo de la guerra que ganó el abuelo a los malos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

HEROICA

Sangre por tantos héroes derramada.
Hombres sacrificados al Estado.
La gloria que os contempló en el pasado
aún vive en vuestra tumba venerada.
El mundo que las gestas ha olvidado
exige que resurja con su espada
el hado de la batalla sagrada
y el espíritu alevoso del soldado.
Qué triste raza la desmemoriada
que no recuerda el ímpetu gastado.

El valiente que se sabe condenado
no escatima la sangre reclamada.
Los hombres del presente son cobardes.
Las causas del pasado son borradas.
Los corazones valerosos siempre sangran
sin miedo a ser heridos por la patria.
Los héroes verdaderos no preguntan.
Defienden con su sangre las fronteras.
No piensan si las causas son las justas,
Defienden a los suyos por las armas.

Antón Martín Pirulero

(disculpen la asonancia del final, la pasión me devora al pensar en la patria y en sus héroes)

OPTIMIZAR LOS RECURSOS

Hasta hacía bien poco tiempo las guerras habían sido una chapuza. Desde el punto de vista de la eficacia y el ahorro, eran totalmente inoperantes.

¿En qué cabeza cabía la idea de que los hombres no debían ser un recurso a optimizar como todos los demás de la guerra?

Menos mal que aún existían algunas mentes lúcidas y científicas dispuestas a aportar luz a los obtusos militares.

Como el famoso doctor Zazo que, en ese momento, se dedicaba a compartir su amplísima experiencia y gran sabiduría con lo más granado del estamento militar. El doctor les estaba explicando la historia del proceso de optimización humana que el cuerpo sanitario llevaba a cabo desde hacía unos cuantos años, coincidiendo con el principio de la última guerra. Lo que más asombraba a los generales era el gran avance de aquella rama del saber desde su reciente origen.

-No puede permitirse –declamaba Zazo en ese instante- que, además de la pérdida de un soldado, la muerte de un individuo signifique la incomodidad de deshacerse de un cadáver.

Todos los generales asintieron, más por inercia que por tener conocimiento de lo que Zazo iba a apuntar.

-Por eso era necesaria la optimización. Porque los hombres son recursos y hasta los muertos son útiles. Material valioso con el que

sanar o remendar a los heridos, cuya recuperación es tan importante. Y es a eso a lo que se dedica nuestra técnica médica. Permítanme, por tanto, que les muestre unos diagramas y unas fotografías.

Zazo traía preparada una hermosa presentación que había tenido gran éxito entre los mandos y la tropa cada vez que la había mostrado en público.

Primeramente, enseñó unas estadísticas: por cada dos muertos podía completarse un herido grave. Con un solo cadáver, diez leves. Se trataba de un promedio, claro está. En ocasiones incluso interesaba sacrificar un herido grave para salvar a otros dos. A veces, con los restos de varios muertos se podía, al puro estilo Frankestein, reconstruir un soldado completo.

-Desde que, con la tecnología actual, los rechazos en los trasplantes han dejado de ser un problema, el mundo de la cirugía militar ha sufrido una revolución.

Nuevos datos: a lo largo de la guerra se habían producido un promedio de sesenta y dos bajas diarias. Antes constituían pérdidas irreparables. Hoy no. Incluso los cadáveres más estropeados conservaban buena parte de sus órganos intactos. Y cada órgano valía un Potosí.

Antes se perdían miembros, sangre, vísceras. Hoy no. Si un soldado moría, su intestino servía para completar el vientre destrozado de un compañero. Su sangre, bien escurrida, podía proporcionar varios litros de espléndido material para transfusiones. Incluso el más exangüe de los cadáveres proporcionaba un buen par de litros de sangre. Un miembro amputado era fácilmente repuesto con el miembro sano de un muerto. Injertos de piel, implantes de músculos, pérdidas cefálicas, corazones destrozados, hígados, ojos, pulmones… Nada había que no tuviera su utilidad.

-En la guerra moderna, señores, ningún fragmento de nuestras bajas es desdeñable.

Los muertos salvaban vidas y así, hasta las unidades de vanguardia, podían recuperarse rápidamente, pues sus heridos, que se contaban por cientos en cada batalla, se podían sanar en poco tiempo.

-Cirugía y regeneración, señores. Ese es el secreto.

Los generales observaron fascinados y satisfechos las repugnantes imágenes de soldados reventados por bombas, ametrallados o acuchillados. Tras ellas, se mostraba el pulcro y metódico procedimiento de extracción de material y las asombrosas aplicaciones que lo médicos daban a cada fragmento, hasta los más minúsculos.

-Optimización, señores. Ese es el secreto de la guerra moderna –terminó el doctor Zazo.

Y todos estuvieron de acuerdo en las bondades de la técnica y la maravillosa eficacia lograda en apoyo de las tan necesarias guerras de nuestro tiempo. Estaba claro que el hombre progresaba sin cesar.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA SECTA DE LOS HUMILDES

Se dice que la guerra surge del pecado. Y hay quien piensa que el mayor pecado es el de la soberbia. Quizá exista cierta relación entre ambas ideas. Al menos eso nos puede hacer pensar la existencia de una pequeña secta que congrega a varios cientos de musulmanes que no han conocido la guerra ni el menor rastro de violencia durante los últimos siglos.

Quizá tenga que ver con ello su relativo aislamiento, puesto que todos los humildes –pues este nombre, además del de barbudos, se da a los miembros de la secta- habitan en el mismo poblado montañés de los Urales kazajos. Pero también debe tener su origen en las costumbres que caracterizan a este pueblo notable que no pasó ignorado a ojos de los funcionarios bolcheviques del reciente régimen soviético que creyeron ver una forma rudimentaria de comunismo en esta pequeña congregación de religiosos ganaderos.

Los humildes, tanto hombres como mujeres, tienen prohibido el orgullo. Son gente antigua, cuyas tradiciones se han conservado durante siglos sin aparente modificación. Ganaderos de cabras y ovejas, artesanos del cuero y artistas fabricantes de fuertes quesos. No poseen tradición escrita ni idioma peculiar. Pero son únicos y nadie lo pone en duda.

En su afán de huir del orgullo y la prepotencia, los humildes evitan hablar de sus propiedades. Decir "mío" es una grosería entre estas gentes. Son, como buenos musulmanes, hospitalarios y generosos, capaces de entregar lo más necesario como limosna para el que está en peor situación que ellos.

Que nadie piense que habitan un paraíso terrenal. Los humildes son gente dura y aguerrida, capaz de trabajar sin descanso y de exigir al vecino el mismo esfuerzo. Son también fundamentalistas religiosos. Se podría decir que, a su modo, son fanáticos integristas, con parte de las connotaciones despectivas que solemos dar a estos términos. Pero, dado su escaso número y su nula fuerza, sus costumbres resultan tan sólo peculiares y excéntricas, más que peligrosas.

La base de la sociedad es la honradez. Su demostración, trabajo continuo. Un principio fundamental es el de la humildad, pues aquel que cumple su obligación no debe ufanare de ello. Y, según se dice, el principal aspecto externo que diferencia a los humildes de los pueblos vecinos nace de su deseo de modestia. Una persona descreída podría ver, precisamente, en ese signo externo una muestra de orgullo. Aunque así fuera, mejor haría en no decírselo a los humildes, pues su ira, a la que no renuncian, podría desatarse en cualquier momento sobre el blasfemo.

La costumbre de los varones humildes es dejarse largas barbas que nunca afeitan. Esto, que por sí mismo no es muy distinto de la costumbre de muchos otros musulmanes, adquiere en este pueblo una peculiaridad. Algunos dicen que tal peculiaridad es la causa de su inveterado pacifismo, en cuanto que no mantienen guerras desde hace siglos.

Los humildes no se limitan a dejarse crecer larguísimas barbas. De ahí su nombre de barbudos. Tampoco es que les den una forma especial, se las trencen, las peinen o las perfumen con aceites. No, la costumbre de los humildes es un poco más ruda.

Al alcanzar la pubertad, los muchachos humildes deben comenzar a dejarse crecer luengas barbas. Sólo en estas edades, y por permitir que luego crezca más recia, se permite a los jóvenes rasurarse la cara. Cuando al cabo de varios años las barbas son lo

bastante largas, el humilde es considerado adulto y puede tomar esposa, a la par que su voz es tenida en cuenta en las reuniones tribales.

¿Cuándo se considera que las barbas son suficientemente largas? Cuando llegan al hombre por debajo de su cintura. Lo suficientemente por debajo como para que el humilde pueda atarse el extremo de las barbas a los testículos. Esto obliga al humilde a agachar la cabeza por no provocarse terribles dolores en la entrepierna, arriesgando su masculinidad y la génesis de futuros hijos. A partir de este momento, el humilde deberá llevar las barbas bien atadas durante todo el día y sólo de noche, mientras cumple con sus obligaciones maritales o se va a dormir, se permite y aconseja desanudar la barba.

Hay algunos que no se desanudan jamás las barbas, lo cual es signo especial de santidad, pues los obliga a la castidad o a procrear con dolor, como las mujeres. No obstante, ningún humilde osaría presumir de esa costumbre ante sus semejantes.

Todos los barbudos adultos llevan una larga túnica de lana finamente entretejida, que les cubre desde los tobillos al cuello. Las barbas, negrísimas en los jóvenes y canosas en los mayores, siempre van por dentro de la túnica, como una extraña corbata de pelo. La cabeza siempre va inclinada, con la barbilla sobre el pecho. Por más que le crezca la barba, el humilde siempre debe atarla de tal modo que le obligue a esta postura y a llevar el cuerpo ligeramente encorvado para evitar cualquier tirón.

Creen los humildes que este gesto, que los obliga a moderar su comportamiento y llevar siempre gacha la cabeza, es un camino para alcanzar la pureza espiritual y evitar malas acciones. Aunque no, claro está, malos pensamientos. Si bien los humildes creen que su disciplina les permite modular el carácter en pos de la santidad.

Tan bárbara costumbre parece ser que los ha liberado de toda suerte de violencias. Al menos en lo que a guerras se refiere. Más que por la pureza espiritual creo yo que el pacifismo les surge de la imposibilidad de luchar con las barbas atadas a lo que más quieren. Aun considerando este pacifismo una bendición, en otros asuntos la barba también resulta un auténtico problema. No son raros los

accidentes en que el humilde, tratando de trabajar en el campo o cuidando de su ganado, ha sufrido una dolorosa torsión testicular que, a veces, ha dado en graves consecuencias como la esterilidad o la propia muerte. Es por eso por lo que los humildes, además de la de santos y puros, gozan de una merecida fama de vagos, pues delegan la mayor parte de las tareas en sus mujeres, para así evitar accidentes. Como, por otra parte, los varones humildes son tan machistas como cualquier buen musulmán de aquellas tierras, no les duelen prendas en usar a sus esposas e hijas como esclavas. Teniendo en cuenta, además, que las mujeres carecen de barbas y, por tanto, de pureza, su conciencia queda ampliamente justificada.

Se relata, no obstante, entre estas gentes la leyenda de una mujer barbuda, sabia entre las sabias, que ascendió al cielo arrastrada por sus propias barbas, y allí el Altísimo tuvo a bien cambiarle el sexo, como gracia especial.

Las mujeres de estos santos humildes no llevan, pues, una vida muy agradable. Como, además, son ellas las que han de padecer a sus maridos durante la noche, cuando únicamente pueden desatarse sus barbas, suelen sufrir sus malos tratos. Todas las frustraciones y problemas del día, que deben ser asumidos, supuestamente, con humildad y resignación, se convierten por la noche en palizas a las mujeres, que sufren así las consecuencias de la liberación testicular. Para remate, con el amanecer, estas mismas mujeres maltratadas deben trenzar perfectamente las barbas para que el marido pueda anudárselas nuevamente y no tenga problemas al desanudarlas al acabar la jornada.

Eso sí, aunque los varones no presumen entre ellos si llevan atadas las barbas continuamente, es fácil reconocer a los santos por sus mujeres, pues son estas las únicas que no reciben castigo físico ni de día ni de noche, ya que las barbas lo imposibilitan. Así que estas mujeres, afortunadas entre sus semejantes, deben de ser las más felices de la santidad de su marido.

En fin, que hay culturas con un concepto un tanto extravagante de santidad, humildad y justicia.

Euforia de Lego

MI GUERRA

La explosión fue terrible. E inexplicable. Justo en las fechas en las que tanta gente se acercaba a la Delegación a presentar directamente su Declaración de la Renta, a algún grupo terrorista se le ocurrió poner aquella bomba ante el edificio de Hacienda. Por suerte, no hubo muertos. Tan sólo un par de heridos leves, una fachada ennegrecida, dos coches destrozados, cientos de cristales rotos y miles de personas muertas de miedo y con el corazón a punto de salírseles por la boca. Todos indignados, sorprendidos y temerosos a un tiempo. Todos menos un individuo. El autor del intento de crimen, quien, desde su privilegiada atalaya, había comprobado el fracaso de su intento de masacre.

-¡Malditos hijoputas! –mascullaba entre dientes Nicanor Almendros, excomercial de la empresa Pompas Fúnebres Goicoechea e Hijos.

Nicanor consideró aquel atentado un fracaso. Sin víctimas, apenas sin damnificados. Él, que había declarado la guerra al Estado Opresor, no podía soportar la decepción. Tendría que atacar de nuevo.

¿Qué tenía este Nicanor Almendros contra el Estado? Lo que todos, unido a un cierto desequilibrio mental y a una nada frecuente mala leche. Nicanor había sido multado por Hacienda, después de su última declaración de la renta, con una suma cuantiosa debido a irregularidades en sus bienes que el excomercial no consideraba asunto de Hacienda y menos aún de sus recaudadores. De modo que, harto del sistema fiscal y decidido a vengar el sablazo, tomó la opción más drástica y descabellada posible: le declaró la guerra al Estado del que dejó de considerarse parte. Abandonó su trabajo, dejó su piso –no tenía familia- e inició su cruzada guerrera contra la Administración y todos sus siervos y representantes. Más o menos declaró la guerra a todos sus conciudadanos.

A Nicanor le parecía extraño que el Estado Opresor no se diera por aludido. Y eso que había enviado una carta al ministro de Hacienda, dándole a conocer su decisión de acabar con el injusto sistema de impuestos y con todo el complejo administrativo. Firmó como CLI –Célula de Liberación Institucional- y empezó a organizar sus proyectos terroristas. Quizá porque su aviso no fue

acompañado de una acción y sus planes no fueron precedidos de una nota en prensa, el Estado y sus miembros lo ignoraron. Obviamente, la gente suele ignorar a los locos mientras no se demuestra su peligrosidad. Esto es tan claro como que al señor Almendros ni se le pasaba por su lúcida imaginación el incluirse en la categoría de los lunáticos. De todos modos, no deja de ser curioso que se ignore a los locos individuales y no a los grupos de chalados organizados o a las organizaciones terroristas que inventan razones tan peregrinas como las de Nicanor para sus guerras. Pero estos razonamientos no pasaron por la mente del señor Almendros mientras pensaba en su lucha personal.

Más aún le sorprendió que, tras el atentado, los medios de comunicación y las fuerzas de seguridad del estado buscasen responsables donde no existían. Se hablaba de obra de los independentistas, de los fundamentalistas islámicos o de grupos anarquistas. Se hablaba de crueldad, locura, terrorismo. Y de nada le sirvió a Nicanor enviar una nota responsabilizando a su recién creado CLI de aquella acción. Nadie lo quería tomar en serio.

Nicanor no sabía qué era lo que lo indignaba más. Si sentirse ignorado o confundido con aquellos grupos terroristas. Parecía que sólo los grupos organizados tenían derecho a la protesta armada. ¿Es que sólo los pueblos tienen derecho a defender por las armas sus ideas? ¿Es que la guerra de un solo individuo al Estado es menos seria y justificada que la de todos esos chalados exigiendo imposibles? Nicanor tomó, pues, una determinación que le pareció la más correcta. Envió una nota a varios periódicos de gran tirada anunciando un próximo atentado del CLI y explicando los motivos de su organización terrorista. No dijo dónde ni cuándo sería el atentado, pero sí sugirió su inminencia. Pero nada. Los periódicos ni publicaron su nota. ¡Panda de cretinos!

Claro que, al cabo, sí que lamentaron su error. Porque el CLI, en su cruzada guerrera contra la injusticia, golpeó de nuevo. Nicanor puso un explosivo ante la sucursal bancaria donde había pagado su deuda con Hacienda. La bomba, de fabricación casera, cargada de nitroglicerina y clavos, dejó desfigurado a uno de los cajeros y casi mata de un infarto a una vieja que iba a ingresar el cheque de su

pensión, entregando su dinero al Estado Opresor. Ahora sí apareció el CLI en la prensa. Se hablaba de una organización anarquista extremista que aspiraba a la demolición del edificio del Estado. ¡Eso, eso era lo que quería, demoler el Estado! Y tanto le gustó el símil que, seguidamente, envió unas notas exigiendo colaboraciones a su causa, en forma de impuesto revolucionario, a varios tenderos de su barrio a los que conocía. Ese fue su error definitivo. Aunque pensaba enviar cartas amenazantes a otras empresas mayores, necesitaba financiación inmediata para su organización. Por los matasellos de las cartas, quizá porque las notas estaban redactadas a mano o porque había huellas suyas por todas partes, Nicanor Almendros fue rápidamente detenido en su propia casa.

Su cruzada había fracasado, pero, al menos, le quedaría la satisfacción de decir cuatro verdades en el juicio al que lo iban a someter, en esa pantomima togada a la que llamaban Justicia.

Así pensaba Nicanor, pero no tuvo opción de mostrar al mundo su ideario. No se celebró juicio. Fue catalogado como chiflado peligroso y encerrado en un centro sanitario donde, a fuerza de proporcionarle drogas, lograron que olvidase su ira. Pero no perdió la memoria. A aquel que quería escucharlo, le repetía una y otra vez la historia del Estado Opresor y su cruzada personal liberadora. Y, chalado como estaba, tenía, como muchos otros tarados, luces suficientes como para razonar su locura y preguntarse, y preguntar a sus interlocutores, por qué a él lo encerraban y a muchos otros terroristas los temían y los perseguían. Y él mismo se contestaba: los otros terroristas no eran tan peligrosos como él. Aunque la sociedad rechazaba los métodos de aquellos asesinos, siempre había alguno que buscaba justificaciones para los crímenes. Y muchos, en el fondo, admitían que los pueblos o los grupos armados tenían razones para sus exigencias aunque confundieran sus métodos. Y quizá la lucha de un solo hombre como él les parecía menos respetable, como si antepusieran los vagos derechos de las asociaciones a los del individuo. O quizá -razonaba el loco para sí- a él lo encerraban por creerlo más peligroso que los otros. A él no le dejaban proseguir su lucha ni captar adeptos, sabiendo que su lucha era más justa que las

de la mayoría. Pensando que su éxito significaría la revolución total y la ruina del Estado.

¡Ah, pero cuando Nicanor Almendros escapara de su prisión! Que se preparase el Estado Opresor. Acabaría con el gobierno y toda la administración. Acabaría con los impuestos y los partidos. El mundo sería un lugar ideal, lleno de justicia y felicidad tras la masacre, en el que los supervivientes, los que no hubieran merecido la misma suerte que el Estado, agradecerían por siempre su obra al liberador de la raza humana.

Juan Luis Monedero Rodrigo

PEGANDO FUERTE

Me han dicho que diera mi opinión sobre la guerra. Allá va: es una mierda.

No parece gran cosa mi opinión, ¿verdad? Ni falta que hace. Yo no soy filósofo ni político ni filántropo. Ya hay demasiados chalados en el mundo dispuestos a razonar sobre temas trascendentes. No me voy a sumar yo al grupo de los cebollinos. Al fin y al cabo yo nunca he estado en una guerra. Y, por lo que me imagino, lo mismo les pasa a muchos de los que hablan sin ton ni son de la guerra.

Como con lo dicho anteriormente no se llena ni una página y no parece que una colaboración tan birriosa vaya a satisfacer a nadie, había decidido contar alguna chorrada de las mías con la que entretener al personal.

Pensé en hablar de la puta de la mili. Y lo voy a hacer, aunque no es el tema central de este rollete. El caso es que durante la mili de enchufado que me pegué hace unos años y en la que no di chapa, largué marrones al prójimo y me saqué todos los carnets de conducir sin hacer un examen, también hubo momentos amargos y especialmente dulces.

Los amargos: un sargento chusquero un poco cabrón al que mi papi y sus influencias pararon los pies y un capitán medio gilipollas que se creía alguien y pensaba que nuestra instrucción era cosa importante. El tío memo tenía una parienta que estaba como un tren, a pesar de que nos llevaba unos cuantos lustros a todos los de la tropa.

Bueno, pues a lo que voy es a que los momentos dulces tienen nombre y apellido: Marujita, la puta de la mili, la mujer del capitán Chinarro –si hasta el tío se gastaba un nombre que me suena a los payasos de la tele de hace un cerro de años-. Pues el caso es que a la Marujita, cuando el capitán iba de paseo con su uniforme de gala, le gustaba sustituir al marido por carne joven, incluida la del menda. Bueno, pues esta nota va para el Chinarro ese, para que sepa que a su santa esposa nos la beneficiábamos casi todos los reclutas y, por lo que supongo, todo bicho viviente del cuartel.

Iba a hablar sólo de esto, pero luego se me ocurrió que, en cuestión de guerras, yo sí que he participado en alguna. Y de las más sucias. Me refiero a las guerras comerciales y a un trabajito que me busqué y que funcionó muy bien durante un tiempo. Nos lo inventamos entre unos cuantos colegas y la verdad es que era un chollo y nos lo pasábamos de puta madre, que mira si es difícil en el curro.

No estoy seguro de quién tuvo la idea. Lo mismo fui yo, o fue mi amigo Waldo. Como estábamos los dos un poco colocados, viene a ser lo mismo. Lo que sí resultó sorprendente fue que cuando se nos pasó el pedal todavía la recordábamos y nos seguía pareciendo buena.

Era muy simple: nos contrataríamos al mejor postor para llevar a cabo nuestra propia guerra comercial contra la empresa que el cliente nos solicitara. Guerra sucia, si se quiere. Aunque, ¿no son sucias todas las guerras comerciales?

Ahora que está tan de moda eso de la contrapublicidad, cuando nos vienen a decir que la pócima de tal marca es mejor que la de tal otra porque es mucho más natural, ya que lleva un 2% más de la esencia del efluvio del aroma original, nuestra idea sólo significó un paso adelante en esta política de destruir rastreramente al competidor.

El mundo está lleno de prohibiciones. A nosotros nos gustaba (y nos gusta, aunque cada vez nos sintamos más oxidados y acomodaticios) saltarnos las normas. Pues qué mejor que cobrar por saltarnos las normas y hacer el gamberro. Era una idea cojonuda la nuestra: pegar carteles de publicidad de la empresa enemiga en aquellos espacios donde se indicaba expresamente esa bonita y ubicua advertencia: "prohibido fijar carteles" que a todos nos resulta tan

familiar, seguida de su particular coletilla de "responsable la empresa anunciante".

A que mola, ¿que no?

Al principio la gente no nos tomó muy en serio, pero cuando le hicimos un trabajito gratis a una empresa de un amiguete de mi padre, la cosa cambió. Allá que nos fuimos el Waldo y yo nada menos que al mismísimo Ministerio de Justicia, dispuestos a pegar nuestros carteles donde estaba prohibido. Fuimos de noche y los guardias no nos hicieron ni puto caso, tan amuermados estaban. A la mañana siguiente se montó la escandalera. No salió en prensa ni nada, pero el edificio estaba empapelado y todas las quejas por aquellos carteles de publicidad fueron para la empresa del anunciante, cómo no, que, aunque lo intentó, no pudo escurrir el marrón y tuvo que apoquinar una pasta gansa en concepto de multa.

Después de eso ya podíamos mostrar resultados a futuros clientes. Así que nos dedicamos a visitar a los coleguillas que tenían empresa y a los competidores de la gente que peor nos caía. Pegamos carteles a mansalva, hicimos pintadas y guarreamos todos los muros que se nos pusieron a tiro. Nosotros anunciábamos al enemigo y a la empresa que quería forrarse con los anuncios le llovían las multas. Aquello era divertido de la leche. Y, como no nos casábamos con nadie, ni con nuestros colegas, acabamos por meter la pata porque, por estrujar al máximo la gallina de los huevos de oro y pasárnoslo aún mejor, empezamos a publicitar también a nuestros primeros clientes a cargo de sus rivales a los que habíamos hecho pagar las multas. Ahí se organizó la de Dios es Cristo. Hubo alguna que otra multa del copón y la gente, muy mosqueada, empezó a buscarnos las cosquillas. Más que el dinero, a los empresarios lo que les jodía era su "pérdida de imagen".

Es la hostia eso de que los chorizos puedan mantener una buena imagen ante los gilipichis que les hacen ganar dinero.

Al poco, las autoridades ya nos conocieron y enseguida nos tuvieron enfilados, así que tuvimos que abandonar el negocio. Suerte que, como de costumbre, nuestros padres, el del Waldo y el mío, evitaron que nos procesaran y nos mandaran a la trena, que era con lo que nos habían amenazado. Lo malo es que la diversión terminó. Lo molón, que la gente pagó sus multas y nos dio un buen dinerito por

divertirnos. Ni las multas fueron anuladas ni nosotros perdimos el dinero.

La verdad es que el mundo de la publicidad es una gozada, ¿que no?

Sergi Lipodias

UNA IMAGEN DEL DOLOR

El clic de su máquina fotográfica era el único sonido amigable que lo acompañaba desde hacía muchos meses, demasiados. Era triste confesarse que sólo podía dirigirle su afecto a un objeto inanimado como su cámara o a todos aquellos desgraciados que, cada vez más a menudo, se convertían en involuntarios protagonistas de sus fotografías.

Un fotógrafo de guerra al servicio del Tercer Reich tampoco tiene mucha capacidad de decisión como para cambiar una vida monótona que se le ha vuelto aborrecible. La costumbre, o el hecho de cumplir con obligaciones impuestas desde fuera, no eran razones suficientes como para que Bernardt Kapp se sintiera más conforme con su existencia, o cuando menos resignado a ella. Y es que era muy difícil resignarse a contemplar tanto dolor.

Bernardt nunca fue fascista. Cuando los nacional socialistas llegaron al poder, el hecho le preocupó en cierta medida, aunque no le causó sorpresa. Los tiempos de la depresión eran propicios para cualquier cambio. La República nacida en Weimar igual pudo derivar hacia el comunismo que al fascismo. Finalmente se decantó por esta última posibilidad y, durante un tiempo, las cosas no parecieron ir tan mal. Bernardt no les votó. Se confesaba apolítico y prefería la noche bohemia de Berlín a los mítines políticos o las manifestaciones. Cuando Hitler alcanzó el poder, Bernardt quiso creer en la esperanza de que los nazis traerían el orden y la prosperidad.

Se equivocó, como tantos otros. Él, al menos, no tenía que culparse por haberlos votado. Sí, en todo caso, por su pasividad y su indolencia, también por su ceguera. Además, tenía demasiados pecados propios, muchos de ellos recientes, como para recordar el gris pasado que condujo desde las noches bohemias de filosofía y cabaret hasta el negro presente teñido de sangre y esvásticas.

Para Bernardt, la llegada de los nazis al poder sí supuso un cambio. Al principio se alegró de él y lo tomó como un avance en su carrera, luego vio que se encontraba en un callejón sin salida y era demasiado tarde para retroceder. Bern Kapp era fotógrafo profesional, enamorado del expresionismo y atado a la prensa de sociedad, obligado a tomar fotos de viejos nobles y nuevos ricachos para que las damas de buena familia entretuviesen su aburrimiento y las de condición humilde construyeran sus sueños de cuento infantil. Con los nazis se convirtió en reportero de los actos del partido. Nunca perteneció a él pero, sin darse cuenta del cómo, pasó de depender del director de su periódico a estar al servicio de la gente del Partido.

Al principio era divertido. Aunque los desfiles eran ridículos y aburridos –puesto que uno no podía reírse en público de aquellos fantoches-, todo parecía inocuo y colorista. Cuando la dictadura fue un hecho, las persecuciones y la censura el pan nuestro de cada día, y el Tercer Reich trataba de convertirse en Imperio, ya fue tarde para reaccionar. Alemania estaba presa de una locura y Bernardt Kapp era rehén de la Gestapo y sólo podía seguir trabajando para los nuevos amos. No fue una sorpresa para nadie que empezase la guerra. Casi lo parecía el que algún día aquella guerra sin sentido pudiera terminar. Y un tipo como Bernardt no estaba seguro de saber de qué lado prefería que cayese la victoria. Como alemán y patriota, estaba con su país. Pero le asustaba, y mucho, lo que aquellos locos nazis podrían hacer con el mundo entero en sus manos. ¿Destruirlo, como habían destruido lo que era Alemania? Por eso quizá deseaba una victoria extranjera, aunque le asustaban los comunistas y los aliados tanto como los nazis. Todos ellos -cualquiera de ellos- terminarían de destruir Alemania.

Bernardt deseaba la paz, aunque ya ni se atrevía a esperarla o soñarla. Deseaba la paz propia y de su espíritu, la tranquilidad de su pueblo y la vuelta de los tiempos bohemios sin preocupaciones. También deseaba la paz de aquellos miserable que le habían quitado los últimos restos de tranquilidad y habían sacado de su espíritu los últimos restos de apatía. Pero, realmente, no tenía la menor idea de cómo podía contribuir él a su propia paz o a la de sus semejantes. Cuando pensaba en su papel en aquella obra, sentía escalofríos. Cualquier acto que llevase a cabo siguiendo un impulso del corazón

podría conducirlo directamente a la muerte. Y Bernardt, que era un tipo sensible y bueno, amaba demasiado su propia vida como para arriesgarla en aquella locura. Uno puede vivir con la conciencia sucia y preferirlo a morir por ella.

Pese a todo, Bernardt disimulaba bastante bien su desasosiego. Para muchos de los que lo conocían, Kapp era un tipo afortunado. Gracias a su cámara se había ganado lindamente la vida durante años, sin apenas trabajar. Y ahora, con los nazis, vivía a cuerpo de rey fotografiando sus actos y ceremonias y tomando retratos de sus líderes. A cambio de eso, ganaba un buen dinero y, lo que es más importante, había esquivado la posibilidad de servir a la patria en el frente, como hacían, de gusto o contra su voluntad, muchos de sus antiguos compañeros. En el fondo, Bernardt sabía que tenían razón. Pero había descubierto un defecto en sí mismo: poseía conciencia, lo que constituía un signo de suprema debilidad, según los actuales padres de la patria. Kapp no podía evitarlo ni podía vivir feliz y despreocupado como en otros tiempos. También sabía más que aquellos que lo envidiaban y, ya que se jugaban la vida en el frente, procuraban vivir el momento, disfrutando de cada día como si fuera el último de su existencia.

Bern no envidiaba a los soldados del frente. Era lo bastante egoísta y cobarde, según se confesaba a sí mismo, como para preferir cualquier situación a la de la batalla. O eso pensaba él hasta hacía poco tiempo. Podía pensarlo cuando comparaba los rostros de oficiales y soldados regresados del este, del frente ruso, con las fotografías tomadas antes de su partida, llenas de gestos confiados y bravucones. Ese gesto de derrota y dolor no era comparable a ninguna de las penurias que ya se anunciaban para la gente en retaguardia.

Antes podía pensar en su suerte. Ya no. No desde que comprobó por sus propios ojos de cuanta maldad y aberración era capaz el ser humano y cómo existían situaciones aún peores que las de los soldados en pleno corazón del imperio nazi. Comparado con lo que había presenciado por sus propios ojos, estaba seguro de que la guerra entre soldados era un juego limpio, semejante a aquel en que los viejos militares prusianos se empeñaban en creer antes de la Gran Guerra.

Poco podía imaginar Bernardt Kapp cuál iba a ser su misión cuando aquel día, hacía ya tres meses y medio, un oficial de la Gestapo solicitó sus servicios. Bern se las prometía felices cuando entró al servicio de aquella gente, la crema de los nazis, la fuente del poder. El fotógrafo se veía a sí mismo tomando retratos de todos los cabecillas del partido, de los amigos del *fuhrer* y sus familias. Casi de fiesta en fiesta, como en los viejos tiempos que ahora añoraba como una época dorada.

Pero se equivocaba. Aquella gentuza lo necesitaba para fotografiar sus monstruosidades. Él, que tanto apreciaba las películas del expresionismo de hacía un par de décadas, se vio inmerso en escenas más terribles y grotescas que las de un Nosferatu o un Gabinete del Doctor Caligari.

Uno siempre oía historias. Y les prestaba más oído si no era afecto al régimen, como era su caso. Pero uno trataba de disimular y, realmente, tampoco terminaba de creerse aquellas truculentas historias. Cualquiera sabía de la política antijudía, de la noche de los cristales rotos o las deportaciones masivas. Pero se empeñaba en creer que las historias de matanzas indiscriminadas eran un simple bulo extendido por el enemigo como parte de la guerra.

Por eso el impacto fue mayor al comprobar que las historias escuchadas mil veces no eran nada comparadas con la realidad, una realidad inimaginable y con la que debes acostumbrarte a convivir.

Kapp pudo comprobar por sí mismo que los campos de concentración existían, que había médicos que trataban a la gente como ganado y experimentaban con ellos, que la tortura era una práctica habitual y que muchos nazis se regodeaban en ella e ignoraban el dolor ajeno, justificando sus crímenes como parte de un plan global para mejorar la humanidad o considerándolos experimentos científicos.

Poco podía Kapp imaginar que las fiestas habían terminado y que pocos iban a ser los retratos que tomase. Los nazis, aquellos locos de la Gestapo y sus acólitos de la doble ese, necesitaban de sus servicios para fotografiar sus atrocidades y dejar constancia

documental de sus experimentos y su limpieza étnica, tan impersonal como aséptica, según ellos lo veían.

Lo malo era que Bernardt Kapp no era nazi, ni insensible. Y no era capaz de contemplar impasible aquel sufrimiento provocado de forma organizada. El fotógrafo era capaz de colocarse detrás de su objetivo y se obligaba a observar las escenas como si fuera otro quien mirara y las imágenes mostraran objetos inertes y distantes en vez de personas sufriendo. Podía tomar sus fotos de miles de judíos, o comunistas, o gitanos, u homosexuales desfilando hacia trenes o descendiendo de ellos con aspecto misérrimo y desesperado. Podía fotografiar los niños y los ancianos famélicos y espantados, aquellos rostros todo ojos y miedo. Podía fotografiar los fusilamientos y hasta los montones de cadáveres que quedaban después de eternos minutos de gritos en una cámara gaseada con el humo de los camiones. Podía fotografiar a médicos impolutos maltratando a sus cobayas con el frío, con el hambre, con docenas de aparatos horribles de tortura tecnológica. Podía cumplir su trabajo, pero no podía mantener la máscara indefinidamente. Después podía fotografiar a los miembros del partido en sus fiestas, y a sus señoronas, sus lujos, sus uniformes y sus medallas. Y era capaz de reprimir la náusea y el deseo de gritar ante tanta monstruosidad presenciada. Pero, por las noches, lloraba en silencio en su cuarto y no podía conciliar el sueño entre horribles pesadillas. En su terrible duermevela recordaba los rostros de tantos inocentes maltratados o asesinados vilmente. La imagen de unos ojos negros penetrantes y llenos de pánico lo perseguía a cualquier hora. Sentía miedo y pena. Miedo y asco por sus jefes, a los que se veía obligado a obedecer para sobrevivir aunque sentía como su alma se moría día a día. Pena por toda aquella pobre gente cuyo único crimen había sido el interponerse en el camino de los nazis o, simplemente, estar allí en el momento en que aquellos locos sanguinarios necesitaban una víctima propiciatoria para sus heroicos sacrificios a la patria.

Bernardt viajaba de un lugar a otro. Era tratado con deferencia y los oficiales y soldados se mostraban amables y atentos. Pero Bernardt no soportaba la compañía de tanta miseria moral.

Poco a poco, fue tomando la costumbre de sacar fotografías para sí mismo de todo aquel sufrimiento, en la esperanza de guardar

un documento impreso de todas aquellas atrocidades, una imagen del dolor innecesario causado a tanta gente, un recuerdo de todo aquello que el hombre debía evitar repetir en el futuro. Aquello, en cierta medida, tranquilizaba su conciencia. Bernardt Kapp era un cronista gráfico recogiendo imágenes de la depravación, del dolor, de la solidaridad y entereza de unos y la falta de humanidad de otros. Aquello lo tranquilizaba sólo a medias. Porque ahora llenaba las paredes de su cuarto con fotografías que lo perseguían de día y, aunque de noche las guardaba en sitio seguro, bajo una loseta suelta del suelo, también lo acompañaban de noche en sus pesadillas. Y aquella labor de documentalista no podía llenarle.

Varias veces tuvo la tentación suicida de intervenir contra aquellos monstruos: abofetear a un médico, abrir la puerta de una celda, rescatar a un grupo de desesperados de una cámara de gas. Pero el nudo en el corazón nunca superaba el miedo que hacía temblar sus piernas. Bernardt disimulaba, tragaba saliva y sacaba sus fotografías ante la sonrisa complaciente de los oficiales y soldados. El fotógrafo tenía miedo de terminar volviéndose como ellos, de ejecutar su tarea con desapego funcionarial y eficacia mecánica. Aquello sería, sin duda, peor que la muerte. Aunque su vida, de hecho, ya era una suerte de muerte, una tortura continua de su conciencia. Kapp se acusaba continuamente de cobardía y egoísmo. Era un pusilánime que se quejaba en silencio de tantos crímenes y, como todos, miraba hacia otro lado para salvar su trasero. Y aquello le hacía sentirse mal, tan miserable como aquellos a los que acusaba. De poco le servía pensar que los valientes mueren jóvenes.

Era tal su obsesión que, incluso los días en que no tenía que trabajar, se colaba en alguno de aquellos lugares de espanto para tomar sus instantáneas del dolor, como si pensase que congelarlo era un modo de purgar sus pecados, como si obligándose a presenciar los crímenes pudiera lavar su conciencia.

Hasta que un día…

Él fue el primer sorprendido de su reacción. Había terminado un reportaje fotográfico para una de las revistas del partido. Sus fotos mostraban a oficiales y soldados altivos cumpliendo con su deber. Propaganda oficial. Bernardt debería haberse marchado a casa,

o a revelar el carrete al estudio. Pero en lugar de eso se marchó directo a uno de los barracones donde estaban encerrados algunos de aquellos miserables, de los que acababan de llegar en el último tren y cuyos lamentos se escuchaban ahogados, reducidos casi al silencio por el mero pánico. Bern Kapp se acercó con su cámara en la mano, sin saber muy bien lo que iba a hacer, como si no fuera consciente de la fuerza de su propia voluntad.

Ningún soldado vigilaba el lugar. Todos estaban comiendo. En una torreta había un par de guardias, pero estaban demasiado entretenidos charlando como para darse cuenta de su gesto. Bern se acercó a la puerta del barracón. Ya había abierto la verja de alambre que conducía al patio. El patio, por otra parte, no conducía a ningún lugar, pero Bernardt estaba demasiado fuera de sí como para considerar las consecuencias de sus actos. Con un golpe seco destrozó el candado con una piedra que guardaba en el bolsillo. Abrió y vio los rostros de los cautivos: demacrados, asustados, deslumbrados por la luz. Alguno hizo ademán de salir, pero todos, temerosos, aguardaron a que el hombre de uniforme –Bernardt, obligado a portar aquella triste ropa militar como tantos otros- les diera una orden. Bern los invitó a salir y los de dentro dudaron. Finalmente, temerosos de alguna represalia, varios de ellos se asomaron fuera. Bernardt trató de sonreírles.

Iba a decirles que eran libres, cuando escuchó la voz de uno de los guardias:

-¿Qué ocurre ahí? ¿Cómo habéis salido?

Al poco se presentó ante los desarrapados y, a golpe de culata, los invitó a volver al interior del barracón. No se molestó en dar explicaciones y no se fijó en la presencia de Bernardt. Dio por sentado que la puerta se había quedado abierta por accidente o que alguno de los miserables la había forzado. Los encerró, puso otro candado y volvió a su puesto. El fotógrafo, inmovilizado de nuevo por el terror, nada pudo hacer. Y se dio cuenta de que, realmente, nada podía hacer. Pasear por el patio de un campo de concentración no era ser libres. De hecho, paseos parecidos a aquel se repetían cada día.

Bern volvió a su cuarto y pasó varias horas llorando. No fue capaz de comer, ni de cenar. Ni de pegar ojo. Al día siguiente se obligó

a presentarse ante sus superiores para cumplir con su tarea. Venció los deseos de desertar -¿adónde podría ir, si era casi tan preso como aquellos pobres del barracón?- y obedeció al oficial. Se presentó en el lugar donde iba a celebrarse un fusilamiento. Las víctimas, como siempre, eran tipos famélicos. Había también dos mujeres y un muchacho que apenas había dejado de ser un mocoso. No tenían pinta de traidores ni de enemigos del régimen. Quizá eran fugados, o judíos que iban a morir de aquel modo por cualquier razón, incluido entre las posibilidades el simple capricho. Bernardt se colocó detrás de la cámara y vio como el oficial al mando del pelotón iniciaba la secuencia de órdenes mientras varias víctimas se santiguaban, luego eran cristianos.

El fotógrafo, siguiendo un impulso, extrajo de su cinturón la pistola que nunca había usado, la que limpiaba y cargaba por orden de sus superiores como parte de su indumentaria de actor, echó a caminar con paso firme hacia el pelotón que estaba a unos diez metros. El oficial y los soldados lo ignoraron. Bernardt amartilló la pistola y encañonó con ella al oficial.

-¡Alto! –dijo- Haga que se detenga esta masacre.

"¿Estás loco?", le dijo con una simple mirada y, apartándolo de un empujón, desenfundó su propia arma y le apuntó con ella. Bernardt, lloroso e histérico, enloquecido y asustado de su impotencia, alzó el arma y disparó todo el cargador contra el oficial.

Como un demente empezó a gritar a los condenados que se marcharan, que huyeran de allí ahora que podían (?). De repente, calló. Un hilillo de sangre y babas resbaló de su boca a su pecho. Los soldados habían dirigido sus fusiles al loco traidor. Bernardt murió al instante. Al menos sus ojos no vieron cómo las armas dirigían el resto de su ira contra las víctimas previstas de antemano.

A Bernardt se lo enterró en la fosa común junto a los polacos enemigos del régimen a los que se acababa de ajusticiar. Un traidor no merecía otra cosa. Un loco tampoco, o un héroe, lo que no es muy distinto, que se pensaba cobarde, tampoco merecía mejor suerte. Bernardt Kapp, fotógrafo del dolor, quedó muerto y olvidado por todos. De él sólo quedaron las bonitas fotos prorrégimen para las que lo habían empleado. Y su nombre olvidado quedó ligado, siquiera por la

autoría de las fotografías oficiales, al de los nazis que terminaron con su vida.

Un par de años después, cuando la guerra ya tocaba a su fin, un obús aliado cayó sobre el edificio donde viviera Kapp. Varios pisos, incluido el del fotógrafo, quedaron destrozados. Como resultado de la explosión, la colección de fotografías que habían permanecido escondidas bajo una baldosa también saltó por los aires. De lo que podría haberse convertido en una exposición del genocidio y la barbarie, una buena parte de las fotos ardió y el resto, unas cuantas instantáneas en cartulina amarillenta, se dispersaron por las calles de la ciudad bombardeada. Varios días después, cuando ya la guerra tocaba a su fin y soviéticos y aliados se repartían los escombros de Berlín, un soldado americano, Yankee de Queens, recogió del suelo una fotografía. Mostraba el rostro famélico de un anciano de ojos negros y brillantes, de mirada penetrante llena de pánico. Aquella imagen del dolor, de autor desconocido, cruzó el océano como souvenir del horror de una guerra que, por suerte, ya había concluido.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL HÉROE

¿Dónde está la memoria
de esa hazaña de gloria?
¿Quién recuerda la historia
del gran héroe local?
Conquistó la colina.
Defendió la bandera,
soportando la espera
que condujo al final.
Recibió tres medallas
y un brillante homenaje.
Le hicieron una estatua
sobre un gran pedestal.
Dejó viuda y tres hijos,
quedó su tierra yerma.
Mucho lloró la patria;

lo dijo un general.
Mas pasaron los tiempos
y se olvidó la guerra.
Soplaron otros vientos,
quizá de libertad.
Y aquel gran héroe nuestro,
que murió en cierta guerra,
y aún preside la plaza
su estatua militar,
carece ya de nombre,
se ha olvidado su gesta,
¿quién recuerda la historia
del gran héroe local?

Juan Luis Monedero

LA VERDAD OCULTA

Durante los setenta se habló mucho de guerra fría entre los dos bloques: americano y soviético. A nadie le es ajeno que esta guerra se libró en muchos países, entre ellos España.

A principios de los 80 hubo movimientos y corrientes políticas en España que apoyaron una clara guerra psicológica y de prensa con la intención de mover a las masas para que hubiera en España un triunfo de las izquierdas como parte del proceso de transición, ya que este no se entendería terminado hasta que la izquierda hubiera gobernado el país.

A los americanos les preocupaba que un triunfo de la izquierda alejara a España de su protección económica y militar, y los soviéticos, antes de la "glasnot", buscaban aliados en la Europa de izquierdas y veían una posibilidad en España para llevarla a su orbe político, como ya intentaron en Chile con Allende o como consiguieron en Cuba.

En medio de este problema político y desestabilizador, en febrero de 1981, se produjo un fallido golpe de Estado. ¿Propiciado por los americanos temerosos de perder el control de sus bases si la izquierda llegaba al poder? Los españoles, políticos y no políticos,

reaccionaron ante esta iniciativa en bloque, quedando en un simple intento de volver al régimen anterior.

En mayo de ese mismo año ocurrió lo que la izquierda quiso hacer pasar por un tiempo como un intento de guerra bacteriológica de los americanos para conservar sus bases en España, tesis que ha dejado secuelas y dudas sobre lo que en realidad pasó.

A primeros de mayo, comenzaron a surgir casos de una enfermedad desconocida, que mataba a todo aquel que la contraía. Surgieron casos en Madrid, cerca de la base americana de Torrejón de Ardoz. Los dirigentes sanitarios y políticos del país, ignorantes e incompetentes, eran incapaces de averiguar la causa real de la enfermedad y la bautizaron como "neumonía atípica". El vulgo, ante la falta de explicaciones, buscó la causa, primero en animales domésticos, en animales libres, a los que mataron para evitar la enfermedad, pero continuaron surgiendo casos…

Existían poderes populares que valiéndose de la ignorancia general basaron el origen de la enfermedad en la utilización de una sustancia nociva, propia de las guerras bacteriológicas, por parte de Estados Unidos. Decían que habían explotado varias bombas bacteriológicas en varios puntos del país y señalaban como culpables a los americanos. Se basaban en el interés de estos en mantener a toda costa sus bases en España, como chantaje al gobierno español y después por el interés que el gobierno estadounidense demostró en averiguar el origen y los efectos de esta enfermedad desconocida y en paliar sus consecuencias.

Grupos de poder mediático, apoyaron esta tesis, ayudados por la ignorancia, inexperiencia e ineficacia del sistema sanitario y de la investigación epidemiológica del país. Esta tesis permitió en parte quizá el triunfo del partido socialista en las elecciones del año siguiente. Mucha gente votó al partido socialista porque proponía la salida de España de la OTAN después de un referéndum y aprovechando el rencor popular producido. A pesar de que las autoridades sanitarias de UCD habían echado la culpa a un aceite tóxico, la mayoría de la gente creía la versión en que los americanos o "los de la OTAN" habían provocado la enfermedad. Daba igual que

hubiera sido a través de una bomba directa o introduciendo una sustancia nociva en un aceite comestible, como era el de colza.

El resultado fue una victoria socialista. Pero había que cumplir la promesa de realizar el referéndum sobre la OTAN y este se retrasó todo lo que se pudo. Para sorpresa de muchos miembros del propio partido y de otras formaciones de izquierdas, el gobierno socialista pidió el voto afirmativo para la permanencia de España en la OTAN. La causa del retraso del referéndum y el cambio de postura nunca fue explicada, pero la realidad es que existió una verdad oculta que unos por su obvia incompetencia y otros por manifiesto aprovechamiento político se ocuparon de tapar.

La realidad del suceso fue que el gobierno de UCD, incapaz de competir con los precios del aceite de colza del mercado común, decidió prohibir la venta de este aceite comestible para favorecer el comercio del aceite de oliva. La picaresca española hizo que se introdujera en España aceite de colza desnaturalizado para uso industrial, cuyo uso sí estaba permitido, y a través de una serie de procesos químicos, hacerlo comestible de nuevo, a menor precio que el de oliva y vendiéndose como aceite de oliva para evitar la prohibición y obtener beneficios. La mala suerte, la falta de inspecciones técnicas, la complejidad del proceso, hizo que en una de las fábricas se produjera un fallo de temperatura, lo que produjo la existencia de estos productos nocivos en el aceite, que en otros casos no existían y lo hacían comestible aunque de baja calidad.

El gobierno de UCD era ignorante de todo esto. Cuando empezó la intoxicación, fue incapaz de hacer frente a la situación creada y estaba absolutamente perdido, sin saber cómo averiguar la causa de la epidemia, pues no consideró la posibilidad de una intoxicación hasta que la ayuda americana llegó.

El gobierno tuvo que pedir ayuda a otros países, pero el único país aliado con el que contaba en aquel momento era EEUU que tenía sus bases instaladas aquí.

EEUU vio la posibilidad de negociar la integración de España en la OTAN y mantener sus bases a cambio de la ayuda que le pedían. Los españoles ya no veían con buenos ojos a los americanos porque los consideraban aliados del régimen dictatorial anterior. Aparte de ganar

la guerra fría a Rusia en España, EEUU vio también la posibilidad de obtener información de primera mano sobre la causa de la enfermedad y su posible utilización como arma de guerra en el futuro. No fueron los americanos los que produjeron el problema, y sí fueron los que investigaron con bases científicas y durante mucho tiempo las causas y las consecuencias de la intoxicación.

No existe la certeza de un documento secreto firmado por el gobierno español de UCD, comprometiéndose a preservar las bases y los acuerdos bilaterales con EEUU y el compromiso de pertenecer a la OTAN a cambio de ayuda secreta. Quizá los servicios secretos y sanitarios de EEUU tuvieron conocimiento de cosas que en España se ocultaron y con las que chantajearon al gobierno socialista para hacerle cambiar de opinión en el famoso referéndum de la OTAN, incluso amenazando con darlos a conocer e impedir la entrada de España en el Mercado Común Europeo.

Todo esto hace pensar que no siempre conocemos realmente lo que ocurre y que sólo el tiempo y la información pone a cada uno en su sitio. Tendremos que vivir 20 años más para que podamos conocer las verdaderas manipulaciones a las que estamos sometidos en la actualidad y conoceremos la verdad oculta.

El pendón intelectual

CONCIENCIA DE CLASE

No era necesaria una revolución para que los hombres comprendieran que todos somos iguales y que debemos tener los mismos derechos. El hombre lo ha sabido desde siempre. Igual que el esclavista ha comprendido la humanidad de todos los siervos. No se trataba de una cuestión de conocimiento abstracto sino de poder y egoísmo, dos de los valores que, desde siempre, han movido el mundo.

Todos los pueblos han justificado las esclavitudes y las diferencias de clase. Las ideas de nobleza, pureza, superioridad racial, y casi todas las religiones, han servido en muchos casos para fomentar y justificar la injusticia. Siempre han existido clases y siempre los que gobernaban han querido mantener subyugados a los que consideraban

inferiores, mientras los sometidos han pretendido sublevarse y dar vuelta a la tortilla –que los pobres coman pan y los ricos coman mierda, como rezaba el viejo dicho castizo que pretendía la intercesión divina para favorecer tan injusto cambio-. Uno llega a pensar que más que el deseo de justicia, al cambio nos anima el deseo de venganza. Y, pese a todo, es una suerte que gente sesuda de otro tiempo imaginase la entelequia de la igualdad y pretendiera, siquiera idealmente, terminar con las clases.

Ahora que en el mundo que llamamos civilizado –el que nuestra soberbia nos hace pensar el propio- nos felicitamos de haber terminado con las clases sociales y haber favorecido el esfuerzo personal como base para el éxito. En cierto modo, todos hemos asumido el falso y ridículo ideario del soñador americano. Nos asombra contemplar como en otros países, a los que llamamos tercermundistas o, directamente, retrasados, sigue habiendo dictaduras y monarquías absolutas, nobles y plebeyos, castas puras e impuras, tocables e intocables, gente de buena familia y miserables semianalfabetos. Y nos asombra que gente de nuestro propio ambiente todavía hable de esa olvidada lucha de clases que pensamos sin sentido en la sociedad tecnológica actual.

No nos damos cuenta de que nuestro mundo moderno y perfecto está lleno de desigualdades que, aun siendo menos dolorosas para quien las padece, no dejan de demostrarnos que la conciencia de clases que condujo a guerras antiguas sigue tan presente como siempre. Todavía tenemos nobles y familias bien. Quizá la diferencia hoy en día está en el dinero que todo lo santifica en nuestro mundo capitalista. Como no hay tantos pobres de solemnidad como en otro tiempo, la situación nos parece perfecta. Es lógico que siga habiendo ricos y pobres. Pero, ¡cuidado!, que nadie nos compare a los que nos pensamos "normales" con esos miserables que apenas tienen para llegar a fin de mes o, directamente, viven de limosnas o ayudas estatales. Todos afirmamos pertenecer a la clase media. Los currantes se llaman profesionales y, a la menor ocasión, todos nos disfrazamos en el trabajo -con trajes, chaquetas y corbatas- siempre que el engaño nos permita ascender en el escalafón de nuestra profesión o el simple fingimiento nos abra puertas.

Y todavía mantenemos la etiqueta, los títulos o la simple cultura como factores diferenciadores. La cultura nunca ha sido un bien de la humanidad, como todos nos empeñamos en creer, la Cultura, así con mayúsculas, ha sido un patrimonio de las clases privilegiadas, una herramienta de poder. Por eso en nuestro país, con el desarrollismo, surgió el deseo de los humildes de que sus hijos estudiasen y lograsen títulos para que cada hijo de currante pueda "ser más que sus padres". Y así contemplamos como en nuestros días, haciendo gala de una mezcla de soberbia y envidia, todos nos comparamos con el vecino y muchos afirman ser ingenieros o economistas importantes cuando no pasan de ser electricistas o contables. Es que eso, por desgracia, todavía luce mucho. Es que, aunque nos cueste admitirlo, todavía existen las clases. Por eso las clases superiores procuran no mezclarse demasiado con las inferiores, por no perder el patrimonio, como siempre han hecho, aunque ahora se aplauda a los nuevos ricos –siempre considerados palurdos y advenedizos-. Los de la clase superior tienen más mundo –viajan más, y uno imagina que alguno lo hace más que por gusto por poder presumir de ello- y conocen las ridículas normas de etiqueta –tan variables como las épocas y las culturas-, acuden a instituciones elitistas, reciben su educación superior, asisten a sus magníficos masters y a los conciertos y espectáculos de más actualidad, toman su copa en el bar de moda y visten a la última. Todo ello para marcar diferencias y para sentir la superioridad/inferioridad que nadie admite.

No deja de ser triste que, una vez concluida la loca aventura comunista de querer imponer una igualdad tan ingenua como patética y cruel, nuestro mundo libre, tan materialista como el bolchevique, siga diferenciando clases en función de la riqueza y use el clasismo para establecer juicios morales –o, por mejor decirlo, inmorales- de las personas que, como en todas las épocas, seguimos siendo iguales en esencia, lo que más nos fastidia tener que reconocer.

Juan Luis Monedero Rodrigo

RAZONES PARA UNA GUERRA

Cuando se habla de la guerra, y se pretende hacerlo en serio, no hay nada más ridículo que sacar a relucir su irracionalidad.

¿Irracionalidad? De los combatientes puede ser, puesto que en mitad de la lucha es difícil mantener la cabeza y no dejarse arrastrar por la pasión, el terror o el más salvaje efecto de la sobreabundancia hormonal.

Piensan algunos que nunca hay razones para iniciar una guerra, que las guerras son un sinsentido. ¡Ojalá fuera así! Lo malo es que siempre existen razones para una guerra. Otra cosa muy distinta es que lo que ahora se llaman "efectos colaterales", tan terribles para todos, no suelan tenerse en cuenta a la hora de plantear esas razones.

Razones las hay y, si no, se encuentran. Y, si ello no es posible, siempre se pueden inventar. Razones las hay, y poderosas. Al menos lo son para quien decide iniciar la guerra. Normalmente un tipo muy poderoso o un grupo de oligarcas. Más raro es que las empiece un chalado o una panda de ellos.

Tan serias son las razones para una guerra que, durante la guerra fría, se intentaron matematizar, en la medida de lo posible, los comportamientos, actitudes y consecuencias de una posible disputa por medio de la teoría de juegos, joven ciencia con múltiples aplicaciones. Tanto que, en algún momento, la razón y la ciencia parecían apoyar la necesidad de iniciar un conflicto para evitar males mayores (!).

Pero no seré yo quien apoye esas razones ni esa racionalidad. Entre otras cosas, porque siempre se pueden encontrar soluciones pacíficas. Entre otras cosas porque los daños colaterales, tan de moda hoy en día, son lo único verdaderamente importante de cualquier guerra, por justa que se nos quiera presentar. Entre otras razones porque todas las guerras se basan en razones, sí, pero razones que sólo interesan a unos cuantos que pueden sacar provecho del dolor ajeno.

Las guerras son siempre egoístas, causadas por incomunicación, por motivaciones personales, por odios particulares. Por egoísmos, las más de las veces. Y son esos egoísmos los que buscan razones al conflicto armado. El conflicto siempre existe entre las personas, desde el momento en que todos somos diferentes, con distintos pensamientos e intereses propios contrapuestos a los del vecino. Habría conflictos incluso si todos fuéramos igualmente

razonables. El error es pensar que una solución válida y real puede partir de arrasar al supuesto enemigo.

La guerra, al cabo, sólo significa destrucción para las mayorías. Se esgrimen motivos económicos, sociales, políticos, racistas, religiosos o patrióticos para una guerra. Casi siempre son las razones económicas el motor de las guerras actuales. Salvo cuando se trata de satisfacer a mentes megalómanas, que también pueden encontrarse al frente de las grandes empresas. ¿No se ha llegado a decir en alguna ocasión que las guerras solucionan la falta de recursos, la superpoblación o las crisis económicas? ¡Claro! Una vez que todo se destruye y mueren miles de personas, hay que reconstruirlo todo de nuevo y sobra trabajo para todos. ¡Qué bonito! La guerra puede aparentar una gran racionalidad, pero si todo se basa en que no sabemos administrar nuestros recursos o dejamos que nos gobiernen chalados, me temo que mala solución es resolver nuestra estupidez a zambombazos.

Las razones para una guerra que siempre se esgrimen no son otra cosa que el fracaso de la inteligencia de la que los hombres, infundadamente, solemos presumir.

Juan Luis Monedero Rodrigo

PRODUCTIVIDAD

-Me cagüen la leche, Guréndez. A este paso nos vamos a ver obligados a despedirlo.

Guréndez inclinó la cabeza avergonzado. Sabía que el teniente tenía razón.

-¿No se da cuenta usted de que así no podemos seguir? Aquí se le paga para algo, no para que se esté tocando las narices. Aquí dice –añadió señalando su informe- que no ha causado ni una sola baja al enemigo en el último mes. Esto no puede seguir así. Nosotros le pagamos por matar enemigos. Y a usted el sueldo base no le saca de pobre, ¿verdad?

Qué más quisiera Guréndez que ser un carnicero como Sardá, pero últimamente no había tenido suerte. Y el sueldo base era una mierda, sí. Las primas eran lo que merecía la pena. Y a los que no producían los mandaban a la calle o se los crujían. Y él no quería

terminar así. Quería ganar dinero, ascender en el escalafón. Convertirse en un héroe. Pero no había podido ser. Aunque estaba seguro de que si le daban más tiempo todo mejoraría. Tiempo. Eso era lo que le faltaba.

-Porque comprenderá usted –seguía el teniente- que aquí nadie regala nada. Tenemos muchas armas que, si no se usan, caducan. Y cuestan una pasta. Igual que nos ha costado un dineral prepararlo a usted para que ahora no le acierte ni al mundo. ¡Vamos hombre! Que no es usted un chiquillo ni un novato. Dice en su informe que ya había servido en otras unidades. Y nunca presentó un desastre de expediente como este. Es cierto que nuestra unidad es muy exigente. Pero sólo los buenos soldados entran en la élite. ¿Quiere ser usted un mediocre toda la vida? ¿O es que ha perdido usted la puntería? Claro que con dieciocho disparos en todo un mes no se va a ninguna parte. Le va a criar telarañas el fusil.

-No es problema de puntería, señor –se atrevió a interrumpir el soldado-. Es que los enemigos no se ponían a tiro y he tenido mala suerte. Mis patrullas casi nunca se encontraban con acción.

-¡Ay, Guréndez! Es usted más gilipollas de lo que pensaba. Si no hay guerra se inicia una y si no hay enemigo se busca o se inventa. Aquí se le paga por resultados, no por intenciones. Así que ya puede salir usted de aquí cagando leches y matarme unos cuantos tipos por ahí afuera. Como esta semana no se me ventile a diez o doce enemigos está usted aviado. Con un poco de suerte le mandamos a limpiar letrinas y, como nos pille de mal humor…

El teniente se llevo el dedo índice al cuello y describió el trazo de un tajo. Aquello debía ser suficientemente motivador para el torpe de Guréndez.

-Ande, salga usted de aquí y mate unos cuantos enemigos. ¿Estamos? ¡Hala, a ganarse el sueldo! Y ya sabe: productividad, Guréndez, productividad.

-A la orden mi teniente –gritó el soldado, saludó y, tras hacer entrechocar sus talones salió corriendo, pero no a matar enemigos, sino a utilizar las letrinas que quizá le tocase limpiar en un futuro cercano.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR
(desaparecido o muerto en combate)

PRESTANCIA Y TRONÍO

Confieso mi satisfacción porque esta revista dedique un número a glosar las hazañas de nuestros héroes. Espero y supongo que entre los textos abundarán las notas biográficas de alguno de los padres pretéritos de nuestra patria hispana.

Yo, que no soy mujer guerrera ni tengo desarrollado el hábito de describir gestas pasadas, me limitaré a exponer una nota negativa que el mundo actual ha aportado al glorioso mundo castrense. Me refiero a los uniformes de nuestros soldados y, en general, de los ejércitos de todo el orbe.

Opino que es una vergüenza que hayamos convertido a nuestros soldados en obreros de la guerra, pues tal es su triste aspecto cuando se visten con los actuales trajes de campaña e incluso de paseo.

El uniforme militar, que siempre otorgó elegancia y prestancia a su portador -incluso al nacido del pueblo que entraba orgulloso al servicio de la patria-, se ha convertido hoy en un triste mono de trabajo coloreado con los más burdos tonos. ¿Dónde han quedado esos viejos uniformes, tan hermosos en las fiestas como en el frente? ¿Qué ha sido de las vistosas casacas, los pantalones bombachos, las relucientes botas de caña, los capotes, los sables o los empenachados yelmos y acordonadas corazas? En su lugar, salvo cuando desfilan nuestros guardias de élite, han aparecido feos trajes de faena, diseñados para el camuflaje, en feos tonos grises o caqui, llenos de manchones que simulan barro, cascos con redes y hasta rostros tiznados como si nuestros soldados fueran todos morenos recién salidos del África. Estos trajes parecen disfraces y hacen perder por el soldado todo respeto. No es raro que muchos jóvenes renieguen de la tropa y de las guerras, cuando sus actores se han convertido en modelos tan penosos. Antes el que iba a la guerra era un caballero o, cuando menos, lo parecía, exhibiendo su porte y su gallardía. Ahora el soldado es un "currante", con su aspecto de mecánico o peón de obra, una figura tan vergonzante que ha de esconderse del enemigo y luchar

desde lejos, convirtiendo la guerra en un espectáculo burdo e injustificable.

Es bochornoso que, si la gente toma buena nota de la vestimenta de las personas y las cataloga como serias y respetables en función de la elegancia de ese atuendo, nuestros soldados de hoy en día, con sus tristes ropajes, parezcan gente de mala catadura, recién salidos de la hez de la sociedad. Peor incluso que mafiosos, pues estos saben bien de las ventajas de la elegancia y suelen adornarse con hermosos trajes aunque desempeñen el más inmoral de los oficios –con permiso del de las busconas- para disimular y ganarse el respeto y admiración ajenos.

Por eso es mi opinión y mi consejo que si el ejército quiere recuperar su respetabilidad anterior y convertir sus guerras en causas admirables como las antiguas deben, primeramente, recuperar los hermosos uniformes de otros tiempos. Cuando los soldados vuelvan a estar bien vestidos y engalanados para la ocasión, cuando vayan de punta en blanco, embutidos en brioso uniforme, las guerras volverán a ser justas y necesarias para el pueblo llano.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(patriota y viuda de De Lego)

CONFESIONES DESDE EL FRENTE

Me gustan las guerras. Antes no lo sabía. Pero es una certeza: adoro las guerras. Realmente, no me extraña. A un posible lector sí le sorprenderá esta declaración. También a mí, en cierto modo, pues nunca pensé en confesar mis gustos y apetitos a un lector anónimo. Pero esta puede ser mi única ocasión de hacerlo y tampoco se me ocurren otras ocupaciones apetecibles a las que dedicar el tiempo en mi situación.

He de puntualizar que las guerras en sí mismas no me causan ningún placer. Quizá no es la guerra lo que me gusta, sino la oportunidad que me ha proporcionado de llevar a cabo mis deseos. Muchos se preguntarán qué clase de tipo soy para hablar de este modo. Un psiquiatra posiblemente diría que estoy loco. La palabra psicópata no hace brotar, precisamente, el afecto de nuestros semejantes. Es un simple término y, como todos, meramente

descriptivo de un concepto que quizá no se alcanza a comprender. Muchos me pensarán un monstruo o un chiflado peligroso. Me da igual. Sé que estoy más allá de vuestras estúpidas convenciones. Para mí sois poca cosa, entes a mi servicio, situados ante mí para mi disfrute. Y es por eso por lo que me gustan las guerras, "vuestras" guerras.

Tardé bastante tiempo en descubrir esto último. Un genio no tiene porqué ser un adivino. Ni menos aún puede escapar a la perniciosa influencia de la sociedad que lo rodea. Tampoco a sus estúpidas leyes. No habitualmente, al menos.

Tampoco a leyes tan estúpidas como para condenarle por crímenes que no ha cometido. Precisamente por los únicos de los que no es culpable, habiendo tantas razones verdaderas para condenarlo según vuestra moralidad de débiles mentales.

No voy a contar mucho de mí. Ni de mi vida pasada. No quiero destruir la imagen ficticia que tan trabajosamente construí en mi país para pasar por persona respetable y responsable. Mi tapadera, podría decirse. En mi tierra era un artista. Ilustraba libros infantiles con bonitas escenas llenas de colorido y ternura. Y en mis ratos libres, que eran muchos, me dedicaba por completo a mi mayor afición, a una forma distinta de arte. Mucho más satisfactoria que los dibujos de mi sustento. Y mucho menos apreciada. Nunca me habría atrevido a confesarla en público.

Supongo que para muchos pasaré por un loco peligroso. Un psicópata sanguinario. Un asesino en serie. Yo me veía a mí mismo como un artista. Las formas en que se nos presenta la belleza son tantas y tan variadas que no parece razonable tachar de aborrecibles o monstruosas aquellas que no somos capaces de comprender.

Maté a varias personas. No muchas. En mi país se trataba de un trabajo muy complejo. Había que buscar la víctima propicia, la ocasión. Había que trazar un plan minucioso que permitiera realizar la obra sin poner en peligro el futuro de mi actividad artística. Y no era cosa fácil. Era harto complicado idear los planes que me permitieran escapar sin dejar huellas ni indicios de mi autoría. Una lástima, a fin de cuentas, cuando uno es consciente de haber ejecutado una obra bella de la que se siente orgulloso. No me piensen insensible. Yo aborrecía toda la parafernalia que rodeaba mis acciones. No me parecía natural

tener que actuar a escondidas y en total secreto. Ni tampoco me agradaban los berridos, los llantos ni las súplicas del material con que fabricaba mis obras. Confieso que sí me agradaba observar el dolor reflejado en aquellos rostros de otro modo inexpresivos: la tensión de sus músculos, el pavor reflejado en una mirada que tu mano hábil es capaz de congelar, el corte experto de la piel o de una víscera, la exposición de un órgano. La muerte en suma, desde su más artística perspectiva, era el fin último de mis esfuerzos. Y me proporcionaba una satisfacción inenarrable. Desconocida e incomprensible, me temo, para tantos y tantos espíritus mediocres.

No diré que tuve suerte. Me gané a pulso el éxito. Nunca nadie dudó de mí ni me convertí en sospechoso de cualquiera de esas muertes cometidas por mi mano. La torpe policía con sus inoperantes agentes fue incapaz de involucrarme en ninguno de los que ellos consideraban crímenes. Ni tan siquiera fueron capaces de relacionarme con las víctimas.

Sólo aquella vez. En aquella maldita ocasión sí cometí un error. Porque, tras seguir durante dos meses a la materia que conformaría mi siguiente obra, aquel tipo suspicaz y maniático me logró identificar de algún modo. Yo no le había perseguido ni me había cruzado tantas veces con él como para que en su mente enferma surgiera la idea de que yo lo espiaba. Pero lo cierto es que en su demencia halló algo de verdad y me denunció por pura paranoia. Sólo en esa ocasión la policía me interrogó, divertida, quizá, por la locura de aquel tipejo. Yo simulé tomármelo a guasa, como parecían hacer los agentes, pero en el fondo tuve miedo. No por ser capturado. Menos aún por la condena o porque la gente me pensara un monstruo. Tuve miedo de que mi obra incomprendida no pudiera seguir madurando, que mi arte fuera abortado y concluido. Por eso, con razón o sin ella, decidí poner tierra de por medio y, ya que no estaba dispuesto a renunciar a mi vocación, preferí abandonar mi trabajo y venirme a este lugar en el que, con razón, había puesto todas mis esperanzas.

Siempre me había planteado este cambio de vida como una posibilidad sugerente. Tan simple, tan perfectamente razonable, que me parecía demasiado fácil y hermoso como para ser real o factible. Por eso, cuando los temores me asaltaron, las dudas desaparecieron y

me decidí por este cambio trascendental en mi vida. Y, al menos, he sido plenamente feliz durante los últimos ocho meses de mi existencia.

Siempre había supuesto que una guerra podría ser el paraíso para mi arte. ¿No se mataba en las guerras? ¿No era un digno oficio el de soldado? Siendo un adolescente, estuve tentado de abrazar las armas. Me fascinaban ya entonces todos los artilugios propios de la guerra: pistolas, fusiles, ametralladoras, bombas y, sobre todo, esas armas blancas tan perfectamente trabajadas, esos cuchillos enormes y afilados, de borde serrado y cachas de cálido plástico. Un instrumento propio de artista en manos de alguien como yo. Ese era mi sueño adolescente. Pero no fui tan ingenuo como para caer en la fácil e ilusoria tentación. Un soldado se debe a sus mandos y a su país. Debe obedecer órdenes, dejarse gobernar por una férrea e irracional disciplina. No puede hacer la guerra por su cuenta y, lo que es más terrible, pocas veces tiene la ocasión de derramar sangre enemiga.

No. No era eso lo que yo deseaba. Pero sí me siguió acompañando la idea de que mi mano pudiera empuñar un instrumento de arte en mitad de una guerra, mezclado en el ruido de la batalla. Aunque yo no fuera militar. Porque, obviamente, un soldado no puede matar a quien desea ni cómo desea. Su fin es, supuestamente, derrotar al enemigo. Aunque es bien sabido que, desde siempre, otros como yo han podido satisfacer legalmente sus deseos de sangre y dolor con la excusa de una guerra.

El enemigo no tiene rostro. El enemigo es indistinto. Y en las guerras más crueles, como lo son todas las de nuestros tiempos, suele ser difícil diferenciar al amigo del enemigo y aun al civil del soldado. El inocente no existe ni nunca ha existido. Y todo esto se hace especialmente cierto en una guerra civil, donde el hermano empuña el arma contra el hermano y tu vecino puede acabar con tu vida.

Por eso, en aquel instante de duda, decidí olvidar mi vida presente, cómoda y satisfactoria, y huir en pos de un sueño casi infantil. Tenía dinero. Nadie sospechaba realmente de mí. Y en mi cabeza guardaba las más brillantes ideas que, según pensaba yo por entonces, sólo podría llevar a la práctica en un país en guerra. Los hechos me demostraron que la realidad estaba más allá de mis mejores sueños. La guerra, para mí, fue el paraíso. Mi fallo, si es que

de fallo puedo hablar ahora que todo va a concluir, fue de índole bien diferente.

Mi plan, tan sencillo en mi mente, resultó casi perfecto en la práctica. Me fui a la guerra. A esta remota región de África en plena guerra civil. No a luchar. Me hice pasar por periodista. En las guerras casi nadie se fija en los periodistas si no es para matarlos o dejarse entrevistar por ellos, mostrando armas, muertos o recuerdos de ambos. Yo, realmente, no hice muchas entrevistas. Sólo alguna por puro compromiso, ya fuera a soldados o a algún miserable golpeado por la desgracia de ver su casa y sus tierras convertidas en el frente que siempre queremos remoto y lejano. Yo me hacía pasar por periodista y hasta falsifiqué mis credenciales. Cámara en ristre me movía por donde yo quería con sólo mostrar mi carnet: "PRESS". Aquella palabra y mi aspecto, mi simple color de piel y mis ropas occidentales, me abrían casi todas las puertas y causaban la máxima indiferencia entre las tropas.

No piensen que soy racista. Todos sangramos y sufrimos igual. De otro modo no habría escogido este país salvaje para mis operaciones. Sucede que, no existiendo las guerras civilizadas, sí hay guerras de diferentes niveles. Las guerras en países próximos al mundo occidental o en las que se dirimen intereses de los países ricos, reciben una gran atención informativa y sus crímenes parecen supervisados y juzgados, no se sabe si por afán estadístico o por verdadera preocupación por la situación. Yo sólo buscaba un lugar tranquilo donde poder trabajar con comodidad. Por eso me vine a este lugar dejado de la mano de Dios donde las guerras son casi tribales y los odios ancestrales no alcanzan al extranjero. Yo aquí era tan sólo un tipo extravagante que podía tomar fotos y sacar al líder local en la prensa internacional, o eso suponían ellos.

¿Mi objetivo? No creo necesario explicarlo. Deseaba asesinar el mayor número de personas con absoluta impunidad, llevando mi arte hasta extremos que en el mundo supuestamente civilizado del que provenía eran por completo impensables. Allí lo llamarían crímenes. Aquí, en este lugar de muerte organizada y asumida, mis muertos se mezclaban, indistintos, con los de las diferentes facciones. Lo malo es que casi nadie apreciaba mis obras. La prensa reflejaba, de vez en

cuando, una serie de monstruosos crímenes que pasaban por venganzas en mitad de la guerra. Los artículos, obra de asombrados periodistas que sólo se fijaban en lo que ellos denominaban brutalidad, nunca llegaban al fondo del asunto. Nunca hablaban de sospechas ni de fines. Jamás sugirieron la posibilidad de que los crímenes estuvieran relacionados y fueran la obra de un artista como yo.

Las muertes eran tan simples que casi perdían mérito. No era necesario buscar excusas para justificar mis movimientos ni coartadas con las que enmascararlos. A nadie le importaban los muertos más que a sus familias. Y aun estas recibían la muerte con resignación, con la serenidad de la costumbre o lo inevitable.

Podía entrar en las aldeas de día o de noche, a plena luz o en la penumbra, en silencio o haciendo ruido. En el frente la discreción sólo es necesaria para las víctimas, no para los verdugos. Si atravesaba el umbral de una choza y en su interior había tres o cuatro miserables escondidos y encogidos junto a la pared o bajo el mobiliario, casi sentía pena por ellos. El pánico extremo se reflejaba en sus rostros y, cuando me veían a mí en lugar de un soldado, parecían respirar nuevamente, relajados de inmediato por mi tranquilizadora presencia de extranjero que no participaba en la guerra. Quizá muchos no sabían inglés, pero reconocían la cámara y el carnet de prensa. Los que estaban agazapados, a veces se levantaban y salían confiados de su escondrijo, o me saludaban y me ofrecían, confiadamente, un lugar en su patético refugio. Entonces era sencillo acabar con ellos uno tras otro. Las víctimas rara vez se resisten y menos cuando están sorprendidas. Yo podía deslizar el machete hasta mi mano y, sin dejar de mirar sus ojos llenos de perplejidad, de la sorpresa posterior al alivio, podía seccionar sus gaznates o clavar mi puñal en mitad de su pecho. Todos los hombres sangramos igual; las agonías suelen ser diferentes, como un intento de personalizar el propio dolor.

El verdugo no se apiada de sus reos ni el matarife perdona la vida al ganado que sacrifica. Pero viendo a aquellos miserables, incluso yo, que presumo de insensibilidad, sentía una cierta emoción, satisfecho por mi obra no sólo por su vertiente artística sino también por la convicción de haber realizado una buena acción librando a aquellas gentes de una existencia dolorosa y deleznable. Curiosamente,

rara vez he visto alivio en los que agonizan. Todos se quejan de sus miserable vidas y luego, enfrentados al trance de morir, todos desearían retardar aquel momento, no sé si espantados del breve instante de dolor o del vacío que intuyen más allá de la vida terrible que ahora abandonan.

Podía entretenerme horas enteras en cada casa. Podía alargar las agonías y los sufrimientos. Podía espaciar las muertes y disfrutar con las grotescas escenas de miedo y dolor de algunos de aquellos estúpidos. Podía rebanar cuellos, desgarrar vientres, seccionar muñecas, machacar cráneos. Podía llenarme por completo de sangre y luego lavarme tranquilamente en mi propio hotel. O no lavarme en absoluto y pasear las manchas de muerte como si fueran trofeos allá por donde fuera. A nadie le sorprendía mi aspecto ni nadie preguntaba por el origen de aquella sangre. Estaban en guerra. Hermanos contra hermanos. Sin que les quedara espacio para odiar al extranjero o preocuparse por él. Creo que incluso podría haber matado a un grupo de mujeres y niños en plena calle sin que nadie protestara. Pero no soy un simple asesino ni un exhibicionista. Podría definir mi actitud como simple decoro profesional. No debía estropear la belleza de aquellas muertes con tanta vulgaridad y mal gusto.

¿A cuántas personas maté? No llevo la cuenta. Supongo que a varios cientos. Una gota en la marea de muertes que sigue a cualquier guerra. Quizá podría hacer un recuento. Recuerdo cada rostro, cada gesto y aullido de dolor. Permanecen en mi memoria las posturas de los cadáveres, las composiciones que elaboraba con los muertos. Podría entonces contar todos esos gestos y posturas y sabría el número exacto de muertes. Pero no me interesa ni tengo paciencia o vocación contable. Cada uno de ellos fue único. Bello y divertido a un tiempo. ¿Por qué estropear su hermosura con el grosero aderezo de la cifra? Me quedo con todos ellos individualmente y sólo lamento que en este arte no exista la posibilidad de una exposición, una feria de atrocidades donde se exhiban los cadáveres para la crítica de un ojo experto. Es posible que sólo el mío posea la penetración suficiente como para erigirse en juez de tanta preciosidad.

¡Y pensar que aquella orgía de sangre y belleza se prolongó durante prácticamente ocho meses! Nunca he sido tan feliz como en

este tiempo. Sólo tenía que imaginar y actuar. Mis más extravagantes ideas se convertían inmediatamente en realidad. Podía improvisar sin temor a las consecuencias. Y a veces la realidad superaba los sueños más optimistas.

Lástima que en un mundo imperfecto gobernado por estúpidos y rufianes no es posible pretender que florezcan la hermosura y la razón perpetuamente. Los tontos pueden hacer daño incluso cuando nos ignoran y destruir nuestra obra aun sin pretenderlo, castigando crímenes ignorados, inventando para ello culpas inexistentes.

Al cabo de mis ocho meses de gloria, ha llegado este triste final. No tanto inesperado como ridículo. Me culpan de uno de los pocos crímenes de los que no soy responsable y no les interesan todos aquellos que, en tiempo de paz, catalogan como homicidio y suponen para ellos el mayor de los pecados. No tiene sentido pretender capacidad de raciocinio en los estúpidos. Todos los hombres sangran igual. Todos los hombres son igual de imbéciles. Hasta yo, tan superior a la mayoría, me veo ahora preso de sus demenciales razonamientos.

Me capturaron. Me hice sospechoso a sus ojos y me persiguieron hasta dar conmigo. Me sorprendió que no me mataran allí mismo. Uno trata de aniquilar a aquel que toma por monstruo. Pero no acabaron conmigo. Me detuvieron y me llevaron a una prisión militar. Allí me encerraron y me mantuvieron aislado durante horas, monótonas y eternas, cargadas de aburrimiento. Luego me sacaron a la luz y me sometieron a interrogatorio. Entonces fue cuando mi sorpresa se hizo mayúscula. No me habían capturado por mis asesinatos, que sólo yo conocía. Me habían tomado por un espía al servicio del enemigo, extranjero vendido al escaso oro que se maneja entre estas gentes. Me sentí ofendido y confuso. ¿Cómo podía hacerles comprender que yo no era un espía? Sabían de mis movimientos por todo el frente. Decían conocer mis contactos. Estuve a punto de echarme a reír. El miedo a sus armas me contuvo. Un oficial, un negro grande y malhumorado que apenas si sabía inglés, se encargó de proseguir el interrogatorio a su modo. Me golpeó una y otra vez con el dorso de la mano, dándome sonoras bofetadas más humillantes que dolorosas. Supe que terminaría torturándome.

No soy un valiente. Nunca lo he sido ni he presumido de ello. Nada hay más valioso para mí que mi propia vida. Nada odio más que el dolor. Así que traté de reducir el de aquel interrogatorio. Intenté hacerle comprender su error.

-Soy fotografo de prensa ("*I'm a Press photographer*") –articulé.

Aquello irritó más al interrogador. Me dio un puñetazo en la boca del estómago que me cortó el aliento. Yo lloré, supliqué. Mantuve durante unos minutos mis protestas de inocencia. Sólo hasta que extrajo de su cinturón aquel hermoso machete, tan semejante al mío, y lo deslizó con suavidad bajo mi barbilla. El frío contacto del filo aserrado terminó con mi resistencia. Confesé todos mis crímenes, sin tan siquiera tratar de hacer comprender a aquel bruto incapaz la belleza que residía en mi obra, tan distinta a su grosera violencia. Pero aquel negro inmenso e iracundo no me quiso creer. De nada sirvieron los detalles ni mis indicaciones acerca de fechas, lugares y señas de los cadáveres.

Aquel salvaje me golpeó en el pecho con la empuñadura del machete y amenazó con utilizarlo del otro lado si seguía "inventándome historias". Supe que no iba a comprobar ninguna de mis palabras. Sólo necesitaba una declaración y un chivo expiatorio. Había decidido que debía ser yo. Tal vez incluso me pensaba culpable de aquello de lo que me acusaba. El odio ciego no atiende a razones. El fotógrafo extranjero que viajaba por todo el país y no tenía fotos encima sólo podía ser un espía, la clase peor de criminal que se puede imaginar en tiempos de guerra. ¿Cómo explicarle que yo era tan sólo un asesino, uno de los de su gremio, al que motivaba el arte antes que la victoria? Como era imposible y yo no quería morir en aquel instante, ni menos aún sufrir por más tiempo sus golpes, amenazas y torturas, terminé por confesar lo que él quería. Le dije que era un espía pero que mi contacto había muerto. Le di las señas de mis crímenes, convirtiendo a mis víctimas, a mi arte, en héroes eliminados por mi mano experta a una indicación de mi contacto, al cual convertí en uno cualquiera de los muertos, uno de los más recientes.

Ahora el oficial sonrió y, tras darme un par de palmaditas en la espalda que no anunciaban nada bueno, se marchó satisfecho,

supongo, de su pericia. Dos soldados me arrastraron a mi celda y allí me tiraron sobre el suelo. Se cerró la puerta y quedé en completa oscuridad. Estaba dolorido y magullado. Me sentía humillado. Pero, ante todo, tenía miedo de lo que me esperaba. Tenía muy claro ya entonces cuál sería mi destino. A él me enfrento en este momento.

No sé cuánto pasé encerrado. No importa. Al cabo de ese periodo indeterminado de oscuridad y dolor, los soldados me sacaron de la celda y me llevaron a una habitación iluminada y alegre, casi lujosa para un país como este. Me cambiaron de ropa y me dejaron lavarme. Me dieron de comer. Luego me llevaron a otra sala donde se celebró un simulacro de juicio militar ante un público numeroso y algunos periodistas extranjeros. Quizá se haya organizado un revuelo internacional acerca de mi prisión y mi juicio. A todo el gremio de la prensa le causa pavor que un periodista occidental sea ajusticiado sin más en una guerra ajena. Este extremo nunca lo podré confirmar salvo que, milagrosamente, escape a mi suerte.

En el juicio se me condenó a muerte por el crimen de alta traición. Era lo que suponía. A los traidores atrapados no se los asesina en privado salvo que convenga ser discretos. En mi caso era preferible airear mis crímenes y castigarme públicamente como medida ejemplificante y elevadora de la moral patria. Por eso el público. Por eso los micrófonos de la radio y la entrada de la prensa. Por eso los gerifaltes de uniforme con sus medallas tapándoles medio pecho, protagonistas de aquel simulacro de justicia.

Eso fue ayer. El cumplimiento de mi condena llegará con el amanecer. Creo que seré fusilado. Igual podrían ahorcarme o lapidarme. No sé cuál es la costumbre local. Tampoco presté atención al procedimiento cuando fue pronunciada la condena. Estaba demasiado ocupado tratando de controlar mi pánico infinito. Esta noche me trajeron una cena opípara. Y me enviaron un curita blanco, belga de Lovaina, para que me confesase. Me hace gracia ese empeño en salvar almas inexistentes cuando se elimina una vida. No me considero cristiano ni temo un castigo por lo que muchos llamarían mis crímenes. Me divirtió la idea de confesar mis pecados a aquel cura misionero e ingenuo, convencido de que la bondad es un bien mensurable. Alguien como yo requiere de un público admirador de su

arte. Y yo no me resignaba a morir como un miserable traidor sin que nadie supiera de mis obras. Así que se las conté a aquel cura espantado. Se puso pálido y terminó llorando, repitiendo una y otra vez su monocorde "Santo Cielo" ("*Sacre bleu*") tras cada una de mis frases. No sé cómo, llegado al final de mi narración, el tipo todavía tuvo arrestos para preguntarme si me arrepentía de mis pecados. Cuando me reí en su cara y le pregunté qué pecados eran esos, el pobre cura se persignó varias veces seguidas y se marchó corriendo como alma que lleva el diablo –al que, sin duda, veía en mí-, mascullando frases ininteligibles que igual podrían ser oraciones que maldiciones.

Antes de dormirme, el oficial que me había torturado vino a visitarme. Sin duda había visto mucho cine y quería comportarse con su importante reo -el gran espía al que arrancó la confesión que le valdría un ascenso- igual que su actor preferido en una película de guerra. Me ofreció un cigarrillo y un trago de güisqui, bastante malo, de su petaca de metal. No rehusé ninguno de ambos placeres que podrían contarse entre los últimos de mi existencia. Finalmente, me preguntó si deseaba alguna última voluntad. No se sorprendió cuando le pedí papel y pluma y que dejasen la luz de la celda encendida. Supondría que alguien a punto de morir podía sentir la necesidad de escribir un testamento o una carta para gente lejana y querida. Tuve lo que pedí enseguida. Y me he pasado las últimas horas de la jornada haciendo esta confesión. Para lavar mi imagen y reivindicar mi obra. Para justificar mi presencia en esta guerra sin nombre y decirle al mundo lo ridículo que es morir por crímenes ajenos y causas que no le importan. Jamás pensé que me atraparan. Menos aún que me acusaran y condenaran por crímenes ajenos o inexistentes. Tengo sobre mis espaldas demasiados delitos –hechos tipificados, al menos, como tales en cualquier código penal del mundo- como para necesitar de otros por los que ser condenado. De nada sirve que me lamente ahora. No hay nada que pueda hacerse ya. Tengo miedo a la muerte, claro está. A todos nos asusta la idea del vacío. Pero ahora, dentro de lo posible, me siento en paz. Esta carta me reivindicará. Será publicada en mi país –he pedido que la envíen a los periódicos para los que fingí trabajar- y todos pensarán que soy un monstruo y un asesino. Pocos comprenderán mi arte. Dirán, simplemente, que era un loco psicópata. Pero sé que me

creerán. Seré asesino, pero no soldado, mercenario, traidor o espía de esta guerra en la que jamás he participado.

No diré más. Ni tan siquiera mi nombre. No es necesario y pronto será conocido por todos. Tras la muerte, no es mal premio el de la fama. Quedan, seguramente, unas cuantas horas para el amanecer. Intentaré dormir un rato. Luego, espero no sufrir. Me gustaría mantener la entereza en el patíbulo o ante el pelotón de ejecución, sea cual sea la forma de ajusticiamiento que me tengan preparada. Pero, ya saben, no soy un valiente y es posible que llore o suplique ante mis verdugos. No importa. Ese no seré yo, realmente. Yo sé que las víctimas, ante su muerte, pierden cualquier resto de orgullo, vergüenza o simple decoro. Sé, al menos, que mi muerte no será en balde. Mañana todos sabrán de mí y de mi arte. Con eso me debe bastar.

Adiós a todos.

Es curioso. No deja de ser extraño despedirse de lectores anónimos cuando uno estará muerto antes de que esta nota llegue a cualquier mano ajena a la mía.

EPÍLOGO

La gloria de la guerra ha desaparecido. La batalla ha tocado a su fin. Clamores guerreros, el sonido metálico de las cornetas y el ritmo de los tambores, se alejan. Los vencedores prosiguen su avance sobre las miserias de los derrotados. Y es ahora cuando se aprecia la esencia de la guerra. Al ver los cuerpos mutilados de cientos de hombres, al percibir el olor metálico de la sangre, al contemplar como todo tipo de sabandijas, tanto animales como hombres más miserables que los que han fallecido, se acercan a los cadáveres a recoger los despojos, uno siente que aquello no debía haber sucedido, que la gloria de la victoria no compensa por el dolor causado ni, mucho menos aún, por la muerte de tantos hombres. Uno puede olvidar que el enemigo es humano mientras lucha, puede ignorar el dolor y la muerte, hasta puede repetirse una y otra vez que no existía otra salida que matar o morir, aunque todos saben que siempre hay otros medios de lograr los objetivos y que hay más victoria en repartir los recursos que en destruirlos. Pero uno, ante la vista de la muerte, no puede sino

sentirse insignificante y patético. Los muertos, cuando han perdido su hálito de humanidad, nos pueden parecer objetos. Deshumanizar es el principio de la guerra. Pero, si conservamos una pizca de sensibilidad, veremos al hombre en el cadáver. Tras el fragor de la batalla, veremos nuestro propio reflejo en las víctimas. Y la fea boca de la Muerte nos sonreirá desde cualquier cadáver, cuyo rostro se parece demasiado al nuestro, convirtiendo la batalla en sinsentido, pues esa misma Muerte nos esperará a todos al final del camino y, quizá, nos acompañe durante el resto de nuestras vidas en la forma del recuerdo desagradable de aquello que nos empeñamos en identificar con la gloria guerrera.

EL PUNTO Y FINAL

Milagrosamente hemos concluido el número 13 de nuestra revista. Lo que para algún estúpido supersticioso debe ser un signo de mala suerte, para nosotros es prueba de nuestro éxito. Un éxito humilde, lejos de las pretensiones de nuestro amigo Grogrenko, pues nos conformamos con seguir disfrutando al escribir nuestras ideas, y con la satisfacción de que haya aún gente capaz de leerlas y apreciarlas. Gracias a todos por vuestra colaboración. Y, más que a nadie, a la gente que, además de leer nuestras historias, ha participado activamente para que salga este decimotercer número: P.A.M. 213, El temible burlón, Martin's, Inma Rodrigo, El pendón intelectual, Eva por su portada y Jose por su tétrica y preciosa contraportada.

Enviad las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.